



**EL DESENVOLVIMIENTO
DE LA IDEA Y DE LA
PRÁCTICA
DE LA CIENCIA CRISTIANA**

Max Kappeler

Traducido al inglés de la versión alemana
[*Die Entwicklung der Christlichen Wissenschaften Idee und Praxis*]
por Kathleen Lee;
y de la versión en inglés [*The Development of the Christian Science Idea and Practice*], al
español, por Martha Zúñiga Gurría.

© 2004, 2012 Kappeler Institute for the Science of Being
[Instituto Kappeler para la Ciencia de Ser]
Todos los derechos reservados

© Derechos de Autor de Max Kappeler 1970

Primera edición en inglés 1970
Primera edición en español 2012

Diseño de la portada, J.C. Sprott
<http://sprott.physics.wisc.edu/fractals.htm>

Ninguna parte de este documento puede ser reproducida ni distribuida en forma alguna, ni
archivada en una base de datos o sistema de recuperación, sin el previo permiso por escrito del
Instituto Kappeler, de acuerdo a la Ley de Derechos de Autor para los Estados Unidos de
América, del año de 1976.



Kappeler Institute for the Science of Being USA
[Centro de Información y Comunicación:]
P.O. Box 99735
Seattle, WA 98139-0735
Tel: 206 286-1617 • Fax: 206 286-1675
mail@kappelerinstitute.org www.kappelerinstitute.org

Nota al Lector

Este libro constituye una nueva edición de la obra original en alemán del Dr. Kappeler, por lo que la numeración de las páginas en esta edición, no corresponde con aquellas de la edición original. Aunque los cambios en el texto son mínimos, las múltiples notas al final del libro, en el original, fueron convertidas en pies de página. Esta restructuración editorial afectará sólo aquellas referencias donde el Dr. Kappeler (u otros autores), mencionen páginas específicas de este libro.

Abreviaturas

utilizadas en relación a las obras y acerca, de Mary Baker Eddy:

- C&S Science and Health with Key to the Scriptures [*Ciencia y Salud con Llave para las Escrituras*]
- Ess. Coll. Essays and Other Footprints, [Ensayos y Otras Evidencias] *publicados por Richard F. Oakes (Londres, 1959). También conocido como “Red Book” [“El Libro Rojo”]*
- E. T. *Footprints Fadeless* (1902) [*Evidencias más Tenues*]. Reimpreso por Richard F. Oakes (Londres, 1959)
- Cur. Christian Healing [*Curación Cristiana*]
- B. H. *Historical Sketch of Metaphysical Healing* [*Bosquejo Histórico de la Curación Metafísica*] (1885)
- Misc. Miscellaneous Writings [*Escritos Misceláneos*]
- Misc. Doc. *Miscellaneous Documents Relating to Christian Science and its Discoverer and Founder Mary Baker Eddy*. [*Documentos Diversos Relacionados con la Ciencia Cristiana, y con su Descubridora y Fundadora, Mary Baker Eddy*] Recopilados por Gilbert C. Carpenter, CSB, y publicados por the Carpenter Foundation, [Fundación Carpenter] Providence, RI, USA, 1961
- My. The First Church of Christ, Scientist, and Miscellany [*La Primera Iglesia de Cristo, Científico, y Otros Escritos Misceláneos*]
- Un. Unity of Good [*La Unidad del Bien*]
- No. No and Yes [*No y Sí*]
- Ret. Retrospection and Introspection [*Retrospección e Introspección*]
- R. P. *Repaid Pages* [*Páginas Importantes*] (1896). Reimpresas por Richard F. Oakes (Londres, 1958)
- Rud. Rudimental Divine Science [*Rudimentos de la Ciencia Divina*]
- Un. Unity of Good [*La Unidad del Bien*]
- ‘00 Message to The Mother Church, June 1900 [*Mensaje para La Iglesia Madre, junio de 1900*]
- ‘01 Message to The Mother Church, June 1901 [*Mensaje para La Iglesia Madre, junio de 1901*]

“La Ciencia Cristiana y los Científicos Cristianos, tendrán,
tienen que tener, una historia”.

Mary Baker Eddy
(Mis. 106:3)

MENSAJE DE MAX KAPPELER

Queridos Lectores,

El contenido primordial de la 1ª. Parte de este libro—“El Desenvolvimiento de la Idea de la Ciencia Cristiana”—fue publicado por vez primera, como uno de cuatro artículos de varios autores, en un folleto titulado: “La Ciencia Cristiana—Su Evolución Continua”, el cual fue escrito con motivo del Centenario de la Ciencia Cristiana (1866–1966). En aquel entonces también se consideró oportuno un estudio más profundo del despliegue de la Práctica de la Ciencia Cristiana—por lo que fue adicionada la 2ª. Parte. En esta edición revisada, basada en la traducción de la edición original en alemán de 1968, he trabajado en el detalle de la sección de “La Curación por medio de la Ciencia”, con algunos cuantos cambios editoriales.

Desde 1968, la Idea de la Ciencia Cristiana se ha desenvuelto todavía más en la conciencia, en forma natural y paso a paso, y los resultados de esto fueron publicados en mi libro titulado “Los Cuatro Niveles de la Conciencia Espiritual—la Ciencia en sí misma, la Ciencia divina, la Ciencia Cristiana absoluta, la Ciencia Cristiana” (1970). Así que el tema de este libro debiera ser estudiado junto con el libro de los 4 niveles.

El tema es tan amplio, que no se ha intentado tratarlo en forma exhaustiva. Por el contrario, se consideró que un breve bosquejo sería más útil para poner de manifiesto la trama ininterrumpida que se ha desplegado durante los más de cien años de historia de la Ciencia Cristiana. Esto se justifica todavía más por la abundante literatura que existe acerca del despliegue de la Idea de la Ciencia Cristiana desde la última mitad del siglo XX y hasta principios del siglo XXI.



Zurich, Otoño del 2002

ÍNDICE

1ª. PARTE

EL DESENVOLVIMIENTO DE LA IDEA DE LA CIENCIA CRISTIANA

1. Desde la Biblia hacia la Ciencia Cristiana 1
2. La declaración en desarrollo, de la Ciencia Cristiana 2
3. El descubrimiento gradual de la Ciencia, en el Libro de Texto 4
4. La estructura viviente del Libro de Texto constituye la estructura del hombre . . . 9

2ª. PARTE

EL DESENVOLVIMIENTO DE LA PRÁCTICA DE LA CIENCIA CRISTIANA

- La Ventaja de una Investigación Histórica 10
1. La etapa formativa 11
 2. El descubrimiento de la curación por la Mente divina 19
 3. Curando por medio de ‘argumentos’ 16
 4. Curando por medio de ‘ideas divinas’ 20
 5. Curando por medio de ‘la unicidad del Ser’ 27
 6. Curando por medio de ‘la Ciencia del Ser’ 32
 - a) Curando por medio de la Ciencia Cristiana 35
 - b) Curando por medio de la Ciencia Cristiana absoluta 43
 - c) Curando por medio de la Ciencia divina 47
 - d) Curando por medio de la Ciencia en Sí Misma 49

1ª. PARTE

EL DESENVOLVIMIENTO DE LA IDEA DE LA CIENCIA CRISTIANA

1. Desde la Biblia hacia la Ciencia Cristiana

El Principio divino del ser es infinito; la interpretación de sí mismo jamás llega a una culminación o a un fin, sino que se despliega eternamente. Dondequiera que la luz del Principio rasga la niebla de la ignorancia humana, la humanidad recibe dicha luz como una visión nueva y la llama: ‘una revelación de Dios’. Siempre han existido hombres y mujeres lo suficientemente transparentes como para permitir que el mensaje del Principio brille a través de ellos, y los capacite para ser iluminados y espiritualmente autorizados como para convertirse en los núcleos de un movimiento nuevo y más amplio de pensamiento inspirado, el cual, al paso del tiempo, conduce a toda la humanidad hacia alturas más divinas.

Es la naturaleza del Principio no encontrarse en ideas fragmentarias.¹ El Principio cuenta con un orden y un sistema; por ello sus revelaciones sucesivas aparecen en orden divino, desplegando el sistema y la Ciencia del Ser espiritual. La Biblia, vista desde la interpretación del Principio, está simbolizada por la Ciudad Santa, cuyos costados iguales son definidos por la Sra. Eddy como: el Verbo, el Cristo, el Cristianismo y la Ciencia divina.² El Principio divino precipitándose en busca de la humanidad, se interpretó primero como el Principio de su propio *Verbo*, revelando a los patriarcas y profetas la naturaleza espiritual de Dios. Más tarde el tiempo estuvo maduro para una segunda fase, pues los profetas habían captado el significado del *Cristo* del Principio, como la idea de Dios que “transformará, transformará, transformará... hasta que llegue Aquél que detenta la justicia” (Ezequiel 21:27). Esta fase alcanzó su total plenitud en el hombre Cristo Jesús. En la tercera etapa, el *Cristianismo* del Principio, utilizando la pureza de María y la misión del Cristo de Jesús para presentar el Cristianismo, constituyó la reflexión consciente de la idea-Cristo en los asuntos humanos, demostrando así la coincidencia humana y divina. El Cristianismo se extendió ampliamente, pero pronto su esencia vital casi se perdió, debido a que la era todavía no estaba lista para que el pensamiento se interiorizara de manera inteligente en el cuarto lado de la Ciudad Santa—la *Ciencia*. El pensamiento religioso, buscando el rito, la creencia y la fe, como vías hacia el cielo, atrancó la puerta de la Ciencia, siendo que sólo por medio de esta puerta es que podemos entrar por completo al reino de lo real. Pero una vez que el Principio ha preparado en gracia una mentalidad dispuesta, y suficientemente pura como para concebir las bodas del Cristianismo con la Ciencia, entonces dicho Principio cuenta ya con los canales adecuados a través de los cuales se interpretará a Sí mismo para la humanidad, como una Ciencia que puede ser tanto comprendida espiritualmente, como demostrada por todos. La mentalidad de la Sra. Eddy tenía esa naturaleza, por lo que pudo ser usada para el propósito del Principio de explicarse a Sí Mismo en Su Ciencia y sistema. Ella captó las primeras vislumbres gloriosas cuando alboreaba el año 1866. Aunque sabía que “las

¹ Véase C&S 302:2-3

² Véase C&S 575:18-19

curaciones eran producidas en el Cristianismo primitivo por medio de una fe santa y elevada”, estaba firmemente convencida que su misión era elevar el Cristianismo fuera de la fe santa hacia “la Ciencia de su curación” (C&S 109:19–21).

2. La declaración en desarrollo, de la Ciencia Cristiana

Cuando una idea nueva es revelada al pensamiento humano, ésta pudiera llegar como un rayo de luz, mas eso no implica que desde el comienzo sea captada en su completa identidad, como para no requerir de aclaraciones posteriores. Por ejemplo, Saulo en su viaje hacia Damasco, fue rodeado repentinamente por una gran luz del cielo y pudo identificar a Jesús como el Cristo; pero le llevó siete años de soledad el considerar esta revelación en Arabia y Tarso, antes de comenzar a exponerla ante otros. Lo mismo le ocurrió a la Sra. Eddy. Aunque pronto (a fines de 1866)³ adquirió la certeza de haber descubierto el factor determinante en la Ciencia de la Mente, de que “la Mente es Todo y la materia es nada” (C&S 109:1), le tomó el resto de su vida el exponer, en una terminología inconfundiblemente científica, los constituyentes de esta Ciencia en todas sus clasificaciones. Pasaron nueve años antes de que ella pudiera escribir la primera edición de “Ciencia y Salud”, en la cual dio lo que entonces llamara “la declaración completa de la Christian Science” (Ret. 37:2). A partir de ese instante, una revisión siguió a otra en rápida sucesión de su atesorado Libro de Texto. Esto es indicativo de cuán constantemente se estaba expandiendo su pensamiento, y con ello fue capaz, en mayor medida, de definir con mayor claridad su revelación, en su Ciencia. Apremiaba a sus estudiantes a mantener espiritualmente el paso con ella, estudiando las últimas ediciones de su Libro de Texto, declarando finalmente que lo que había escrito cerca de 25 años antes, “no lo considero un precedente para el estudiante actual de esta Ciencia” (My. 237:6).

Cuando por vez primera irrumpió en el pensamiento de la Sra. Eddy la revelación de la Ciencia Cristiana, ante ella se abrió un mundo nuevo—el mundo de la Mente que es Todo. Las verdades de la nueva revelación inundaron su conciencia en forma natural, y ella las expuso llanamente en las primeras ediciones de “Ciencia y Salud”. A través de ellas, los pensamientos de los estudiantes fueron resucitados del testimonio de los sentidos hacia el sentido del Alma; el pensamiento mortal fue sustituido por las ideas del Alma—el agua fue convertida en vino. Ella expuso aquello que constituye las inmutables identidades del ser.

Sin embargo el Principio requiere no sólo de una exposición de sus verdades, sino también de que sean expresadas con orden y sistema. En 1889, obedeciendo los dictados del *orden divino* del Principio, la Sra. Eddy abandonó Boston y la “prosperidad sin precedentes” de su trabajo en ese lugar, y “buscó en soledad y silencio, una comprensión superior de la unidad científica absoluta que debe existir entre la enseñanza y la letra del Cristianismo, y el espíritu del Cristianismo, que mora por siempre en la Mente divina o Principio del ser del hombre, y que es revelada a través del carácter humano” (My. 246:12–19). El revisar “Ciencia y Salud”, trajo como resultado la 50ª edición (1891). Durante la revisión, escribió: “apareció la luz y el poder de la concurrencia divina del espíritu y el Verbo” (My. 246:21–22).

³ Véase Ret. 24:9

Para la Sra. Eddy, la letra absoluta y el espíritu, eran indivisiblemente uno. En esa nueva revisión ella llevó a cabo la excepcional tarea de enlazar la letra y el espíritu, y por ello es que se refiere a esta edición (sobre la que trabajó de 1889 a 1890), como una edición más “adaptada para espiritualizar el pensamiento, y para aclarar la curación y la enseñanza científicas”. ¿Por qué? Porque “el reacomodo” de esa edición revisada “hace que el contenido esté más claro que en cualquiera de las ediciones previas” (Ret. (82:29–30)).

¿Qué fue lo que ocurrió con el reacomodo del texto en ese sentido? Por vez primera “Ciencia y Salud” contuvo no sólo todos los capítulos de la edición final (con excepción del capítulo de “Los Frutos”), sino más importante aún, hubo un reacomodo del texto en cada capítulo. Comparando el texto de esta 50ª edición con las anteriores, encontramos que las verdades expuestas, como tales, no han cambiado mucho, pero el reacomodo de ellas en su orden sí ha cambiado considerablemente. Es como si el texto anterior hubiera sido reacomodado en un orden nuevo, línea por línea y párrafo por párrafo. Las declaraciones de verdad, como tales, son simples declaraciones de hechos verdaderos; pero sólo cuando se relacionan directamente unas con otras y cuando se integran dentro de un sistema coherente, es que se convierten en verdades científicas. Es necesario expresar verdades relacionadas en un orden espiritual, para que conduzcan el pensamiento del estudiante, desde una posición dada, hacia el punto de plenitud. Cada estrado espiritual debe crecer desde aquél que le precede, en forma natural y en lógica divina, y preparar el fundamento para el siguiente.

En esta nueva revisión de 1891, la Sra. Eddy escribió por vez primera: “el orden natural de los cielos desciende a la tierra” (C&S 118:35). Ella había dispuesto el texto anterior de manera que el tema siguiera “el orden natural” del Verbo de Dios como Mente, Espíritu, Alma, Principio, Vida, Verdad, Amor; es decir, en el mismo orden, tal como está declarado en la definición para Dios.⁴ Simples reacomodos del texto dan lugar a la interpretación de Sí Mismo del Principio, en el orden espiritual. El comprender las ideas que caracterizan específicamente a cada uno de los sinónimos para Dios, capacita para reconocer, por vez primera, que el texto de un capítulo se despliega primero por medio de las ideas de Mente, luego por las de Espíritu, enseguida por las de Alma, etc., hasta llegar a las ideas de Amor. La trascendencia de la revisión resulta evidente. A través del orden espiritual, la letra está enlazada al espíritu, y así el nuevo texto se “adapta al pensamiento espiritual” (Ret. 82:31). “El nuevo volumen es ante todo un libro del Espíritu. Esto no es para insinuar una carencia en la letra del Espíritu, sino para implicar que el estudiante, consciente de la nueva edición de ‘Ciencia y Salud’, ya no puede permanecer más sólo en la letra del Espíritu. Va a ser separado de eso, hacia las glorias desplegadas de la Verdad”.⁵ Sabemos que la mera declaración de verdades puede elevar el estado mental; pero únicamente por medio de una comprensión del orden espiritual que gobierna las relaciones entre estas verdades, es que la letra inspirada del Espíritu puede provocar y generar su espíritu. De esta manera es que el orden divino despliega el espíritu de la Verdad, por medio del cual ocurre el nuevo nacimiento—el nacimiento eterno dentro de la realidad espiritual.

Sin embargo la Ciencia del Principio no sólo está basada en orden, sino también en sistema; es decir, en la exposición correcta del orden infinito. De esta manera el Principio impulsa la manifestación de su propio sistema; y en el año de 1902, la Sra. Eddy, siempre

⁴ Véase C&S 465:10

⁵ Journal de la Ciencia Cristiana, Abril de 1891

dispuesta a escuchar más de cerca la propia interpretación del Principio, captó su tono e hizo otro cambio fundamental dentro de la 226ª edición de “Ciencia y Salud”. Reacomodó el orden de cómo los 16 capítulos se siguen uno al otro, poniéndolos en el orden actual de la última edición.⁶ Hoy en día los capítulos se encuentran desplegados en el orden del modus operandi del Verbo, el Cristo, el Cristianismo y la Ciencia—los cuatro costados iguales de la Ciudad Santa—reflejando cada uno a los otros (4x4=16), por lo que los primeros cuatro capítulos presentan cuatro aspectos distintos del Verbo (Cap. 1, el Verbo reflejando al Verbo; Cap. 2, el Verbo reflejando al Cristo; Cap. 3, el Verbo reflejando al Cristianismo; Cap. 4, el Verbo reflejando la Ciencia). Los siguientes cuatro capítulos presentan los cuatro aspectos diferentes del Cristo; los siguientes cuatro, los cuatro aspectos distintos del Cristianismo; y los últimos cuatro, la Ciencia en sus cuatro aspectos distintos.⁷

Finalmente así ha tomado forma el grandioso diseño de la interpretación del propio Principio en su sistema divino. Cambios subsecuentes en el texto se hicieron sólo para armonizar declaraciones individuales con este diseño global. En 1907 apareció por vez primera la monumental declaración: “El Principio y su idea es uno, y este uno es Dios” (C&S 465:20), resaltando la *unicidad del Ser* como la declaración fundamental del descubrimiento de la Sra. Eddy. También en 1907, la definición para Dios en el capítulo de “Recapitulación”, fue cambiada de ocho, a siete sinónimos; y apareció por vez primera en el orden en el cual desde 1891, los temas en cada capítulo habían sido textualmente reacomodados. A partir de 1907, la definición para Dios quedó en consonancia con el orden espiritual del texto de cada capítulo. La unicidad del Ser fue finalmente expresada en el orden y sistema del Principio.

3. El descubrimiento gradual de la Ciencia, en el Libro de Texto

No resulta fácil determinar qué tanto estuvo la Sra. Eddy consciente del sistema divino que expuso en su Libro de Texto. Tan solo sabemos que fue una estudiante apasionada de su propio Libro; que en ocasiones se asombraba de lo que “esta mujer” escribiera, y que cuando escribió “Ciencia y Salud”, poco comprendió de cuanto había redactado.⁸ También declaró que había estado “aprendiendo el significado superior de este Libro mientras lo escribía” (My. 114:26), y al referirse humildemente a su entendimiento, en su Libro de Texto, lo consideró como “la tenue percepción de la autora, acerca de la Ciencia Cristiana” (C&S 577:29). En realidad no importa cuánto se concientizó la Sra. Eddy de lo que constituye el sistema científico de la Ciencia Cristiana; eso no podía haber impedido que ella transcribiera lo que Dios le revelaba⁹, ni podía evitar que fuera “una escriba repitiendo las armonías celestiales en la metafísica divina” (My. 115:8).

⁶ El texto consecutivo de C&S, como libro de texto, termina con el capítulo 16, “El Apocalipsis”. La Sra. Eddy escribe al final de este capítulo que “la tenue percepción actual del escriba termina con la Revelación de San Juan” (C&S 577:28–29). También se refiere al siguiente capítulo, como habiéndose añadido (véase C&S 579:5).

⁷ Véase de Max Kappeler, *The Structure of the Christian Science Textbook—Our Way of Life. Vol. 1: Revelation of the Structure [La Estructura del Libro de Texto de la Ciencia Cristiana – Nuestro Camino de Vida, Vol. 1 La Revelación de la Estructura]* (Seattle: Kappeler Institute Publishing USA, 1954).

⁸ Véase My. 271:4–5

⁹ Véase Misc. 311:31

Sin embargo en cierto sentido, ella fue bastante franca, —al declarar que sus contemporáneos no podían comprender, en ese entonces, la Ciencia de su descubrimiento. Escribió: “Apenas una mitad ha sido asimilada espiritualmente por los buscadores más leales, comparado con lo que abarcan las Escrituras y el Libro de Texto de la Ciencia Cristiana” (Misc. 317:15). Los pioneros espirituales siempre están más avanzados en relación con la tendencia general del pensamiento de su época, por lo que sus obras tienen que ser dejadas en manos de la Providencia divina; y sabiendo que el Principio y su idea es uno, el Principio divino siempre hallará la vía para desplegar continuamente su idea. Tal como Moisés—el gran descubridor del “YO SOY ÉSE YO SOY”—tuvo que dejar que su seguidor Josué llevara a los hijos de Israel a la Tierra Prometida; y tal como Jesús, quien revelara y demostrara que “Yo y mi Padre uno somos” (Juan 10:30) tuvo que dejar que sus discípulos y apóstoles llevaran el Evangelio ante los gentiles y los reyes (Hechos 9:15), de la misma manera la Sra. Eddy, quien trabajó toda su vida para establecer el Principio en su Ciencia, también tuvo que dejar a las generaciones venideras el descubrir en sus escritos, *aquello que constituye la Ciencia de la Ciencia Cristiana*.

En sus últimos años, la Sra. Eddy se preocupaba de que su descubrimiento de la Ciencia Cristiana fuera aceptado sólo sobre la base de la creencia y la fe; temía que la Ciencia Cristiana se perdiera de nuevo si no se abordaba desde la base del entendimiento científico. Esto está expresado claramente en su artículo “El Principio y la Práctica”¹⁰, el cual dictara en el año de 1910, poco antes que desapareciera de la escena humana. En ese artículo ella enfatiza que: la Ciencia Cristiana está basada en un Principio fijo; que el sanador tiene que comprender la operación de este Principio divino y no sólo creer en él; que el que ‘la fe cura’, está erróneamente declarado en la Ciencia Cristiana; y que “a menos que la fe humana pueda ser diferenciada de la curación científica, la Ciencia Cristiana se perderá de nuevo”. Para que la Ciencia Cristiana cumpla su misión, ésta tiene que ser comprendida como Ciencia, tal como la Sra. Eddy utiliza el significado de los términos; es decir, como “la atmósfera de Dios” y como “el conocimiento debidamente clasificado, que se refiere a las verdades y principios sobre los cuales se funda, y de los cuales se deriva” (No 9:26–2).

Es característico del revelador inspirado y espiritual, el dar a aquéllos de su época, únicamente aquello que sean capaces de soportar. Jesús dijo: “Todavía tengo muchas cosas que deciros, pero ahora no las podéis sobrellevar” (Juan 16:12). De igual manera la Sra. Eddy sabía que sólo las generaciones futuras serían capaces de declarar con precisión lo que ella había descubierto. En “Ciencia y Salud”, bajo la nota marginal de “Un descubrimiento superior”, ella profetiza que su descubrimiento espiritual “conjuntará impulso y claridad hasta que alcance su culminación, de declaración y prueba, científicas” (C&S 380:29). Ella sabía que la propia interpretación del Principio continuaría desplegándose, y que por lo tanto, los Científicos Cristianos tendrían que abrirse a percepciones posteriores en relación a la estructura científica de su Libro de Texto, debiéndoles dar la bienvenida.

La Sra. Eddy hace algunas alusiones muy directas en relación al desarrollo futuro de su descubrimiento. Escribiendo en el año de 1887, ella declara en el capítulo de “Prudencia en la Verdad”: “La Ciencia de la armonía física, tal como ahora está presentada a la gente bajo la luz divina, es suficientemente radical como para provocar choques en el pensamiento tan fuertes, como la época pueda soportar” (Un. 6:10). En este artículo explica que para ella,

¹⁰Publicado en el Sentinel de la Ciencia Cristiana del 1º. septiembre de 1910

su descubrimiento fue la Ciencia divina, la Ciencia de la armonía espiritual, pero que la época en la cual vivió sólo pudo concebirla en su sentido reducido, como “la Ciencia de la armonía física”. Sin embargo ella profetizó que cuando “los pelotones de la Ciencia Cristiana fueran... completamente instruidos en el manual más claro de su armamento espiritual... en no menos de otros cincuenta años [antes de 1937], Su nombre sería magnificado en la percepción de este tema nuevo”.¹¹ De hecho esto ya ha ocurrido. El impulso ininterrumpido del Principio para explicarse a sí mismo en su Ciencia (declarado como “Ciencia y Salud”), continuó sin cesar utilizando la mentalidad que estuviera preparada, para la comprensión de lo que constituye la Ciencia de la Ciencia Cristiana. Habiendo captado la idea de la unicidad del Bien—de que el Principio y su idea es uno—John W. Doorly, C.S.B., originario de Inglaterra, pudo ver que la percepción de la unicidad del Ser no puede ser un pináculo científico, sino más bien una base científica desde la cual avanzar. Ciencia significa conocimiento reducido a ley y orden, e incorporado en un sistema (Diccionario Funk y Wagnalls). El pensamiento se desboca al pensar simplemente en función de la unicidad del Ser sin comprender sus constituyentes científicos—sus leyes, orden, reglas, clasificaciones y categorías. La unicidad de Dios requiere ser explicada en su *sistema divinamente científico*.

Debido a que John Doorly fue receptivo en esta misma dirección a la nueva luz, el Principio se interpretó a sí mismo para él, primero, como un orden divino fundamental. Durante los años de 1916 a 1936, comenzó a percibir que el orden de los 7 términos dados en el “Tercer Grado” de la “Traslación Científica de la Mente Mortal” (C&S 116:2–3), correspondían con el orden de los “numerales de la infinidad, conocidos como los *siete días*” (C&S 520:10), “la Ciencia de la creación... descrita en orden matemático” (Misc. 57:30–31); y que éstos a su vez, más adelante se corresponden con las cualidades divinas, tal como se encuentran en las primeras siete Bienaventuranzas y las siete declaraciones de la Oración del Señor (El Padre Nuestro); y que todo esto se corresponde fundamentalmente con el orden de las ideas que caracterizan a los 7 sinónimos para Dios, tal como se dan en “Ciencia y Salud”.¹² Con estos hallazgos, la Ciencia de la armonía espiritual, en contraste con “la Ciencia de la armonía física”, fue anunciada así alrededor de 1936–1937, y se cumplió la profecía de la Sra. Eddy. Mientras que en ese entonces el pensamiento esperaba que algo fenomenal aconteciera externamente como la consumación de su profecía, la idea científica nació—tal como cualquier gran idea generalmente nace—en “sagrado secreto”.

Ahora las compuertas de la Ciencia estaban totalmente abiertas. La revelación científica fluía a velocidad impresionante. Pronto fue revelado que los cuatro costados de la Ciudad Santa representan el cálculo divino e infinito (véase C&S 520:10–15), en el cual los 7 sinónimos para Dios operan en cuatro órdenes distintos como el Verbo, el Cristo, el Cristianismo y la Ciencia. Es más, también quedó revelado lo que constituye los diferentes niveles de la Ciencia—los niveles de la Ciencia Cristiana, de la Ciencia Cristiana absoluta, de la Ciencia divina¹³, y finalmente el nivel de la Ciencia en sí misma.¹⁴

Ahora se había hallado la llave de la Ciencia de la Ciencia Cristiana, y con esta llave

¹¹ Véase Un. 6:29–2

¹² Véase C&S 465:10

¹³ De John W. Doorly, *The Pure Science of Christian Science [La Ciencia Pura de la Ciencia Cristiana]*, (London: The Foundational Book Company for the John W. Doorly Trust, 1946).

¹⁴ De John W. Doorly, *Oxford Summer School 1949, Vol. 2 [Escuela de Verano en Oxford, 1949, Vol. 2]* (London: The Foundational Book Company for the John W. Doorly Trust, 1949) pág. 270.

pudo ser abierta la *Ciencia de la Biblia*. La Biblia adquirió un nuevo significado. Por vez primera en la historia humana, pudo ser visto que tras cada libro de la Biblia yace un orden de ideas espirituales y científicas. La Biblia, reinterpretada de un lenguaje bíblico a la lengua de la Ciencia, no sólo se convierte en un libro de texto espiritual para esta época, sino que también muestra su consonancia exacta con “Ciencia y Salud”, en su Ciencia. Así fue cumplida una profecía adicional de la Sra. Eddy: “Preveo y predigo que cada época más avanzada de la Verdad estará caracterizada por una percepción más espiritual de las Escrituras, la cual mostrará su marcada consonancia con el libro de texto de la curación por la Mente en la Ciencia Cristiana, ‘Ciencia y Salud con Llave para las Escrituras’. La interpretación del Verbo en la ‘lengua nueva’, con la cual los enfermos son sanados, evoca naturalmente una paráfrasis nueva en el mundo de las letras” (Misc. 363:30). Doorly publicó sus hallazgos sobre la Biblia al final de la década de 1940 en sus “Charlas sobre la Ciencia de la Biblia” (13 volúmenes). Más tarde fue descubierto que todos los libros de la Biblia se combinan en una estructura espiritual y científica, que se corresponden con el diseño completo del propio Principio.¹⁵

Equipados con estas herramientas espirituales y científicas, el siguiente paso natural fue el descubrir la propia *estructura científica coherente del Libro de Texto de la Ciencia Cristiana*.¹⁶ El espíritu de Dios había utilizado a la Sra. Eddy para poner primero en su orden divino, sus declaraciones en cada capítulo dentro de la 50ª edición (1891), y más tarde los 16 capítulos dentro de la 226ª edición (1902); pero fue sólo a principios de la década de 1950 cuando se hizo evidente esta estructura divinamente científica. A partir de entonces, el Libro de Texto, desde la primera hasta la última página de los 16 capítulos, pudo ser comprendido como una historia espiritual consistente y coherente—cada capítulo requiriendo de la importancia del capítulo que lo precedía, e impulsando inevitablemente el tema del siguiente capítulo. De esta manera, el Libro de Texto presenta la verdadera senda espiritual de cada estudiante en lo individual; “el camino de la Vida” para cada uno. “Ciencia y Salud” implica bastante más que tan solo “la Ciencia de la armonía física”; presenta la Ciencia de la Vida en su significado infinito. De hecho, la Ciencia Cristiana es el camino de la Vida.

La era cibernética está alboreando actualmente en la humanidad, presagiando la aceptación de la Ciencia de todas las ciencias. Cualquier progreso que aparece en lo humano, prefigura siempre una idea divina. Un estudio de estos tres juegos de términos para Dios, escritos en mayúsculas— (1) Mente, Espíritu, Alma, Principio, Vida, Verdad, Amor; (2) Verbo, Cristo, Cristianismo, Ciencia; (3) Ciencia en sí misma, Ciencia divina, Ciencia Cristiana absoluta, Ciencia Cristiana—evidencia que cuando éstos son entendidos en sus interrelaciones, constituyen los elementos básicos de la cibernética divina.¹⁷ La cibernética divina trata con el Ser único que funciona como un sistema divino auto organizado que corre incorporado en un circuito dinámico de auto regulación, auto prevención de errores y auto corrección. Naturalmente que este desarrollo requiere también, de una estructura de

¹⁵ De W. Gordon Brown, *From Genesis to Revelation [Desde el Génesis hasta el Apocalipsis o Revelación]* (London: Gordon & Estelle Brown, 1957).

¹⁶ De Max Kappeler, *The Structure of the Christian Science Textbook— Our Way of Life. Vol. 1: Revelation of the Structure [La Estructura del Libro de Texto de la Ciencia Cristiana – Nuestro Camino de Vida, Vol. 1: La Revelación de la Estructura]* (Seattle: Kappeler Institute Publishing USA, 1954).

¹⁷ De Max Kappeler, *The Four Levels Of Spiritual Consciousness— Science itself, divine Science, absolute Christian Science, Christian Science [Los Cuatro Niveles de la Conciencia Espiritual – la Ciencia en sí misma, la Ciencia divina, la Ciencia Cristiana absoluta, la Ciencia Cristiana]* (Seattle: Kappeler Institute Publishing USA, 1970).

conciencia totalmente nueva para su aceptación.

Mirando con claridad hacia atrás, hacia los diversos pasos del desarrollo de la Ciencia Cristiana durante los pasados más de cien años y desde una perspectiva mayor de comprensión espiritual, uno no puede evitar quedar profundamente impresionado por cómo la idea-Cristo no ha cesado de manifestar una expresión cada vez más clara de la Ciencia del Ser. Aunque el esplendor total de la Verdad irrumpió en la conciencia de la Sra. Eddy en el año de 1866, ella estaba consciente que una declaración impecable de su revelación no podría ponerse en acción en ese instante, ni podría su Libro de Texto ser plenamente comprendido en forma inmediata. “Un libro presenta pensamientos nuevos, pero no puede hacerlos rápidamente comprensibles... Las generaciones futuras tendrán que declarar lo que el pionero ha alcanzado” (C&S vii: 24–28). Ella se dio cuenta que “Siglos pasarán antes que las declaraciones de los temas inagotables de Ciencia y Salud sean suficientemente comprendidos para ser demostrados plenamente” (Ret. 84:1).

Incluso la Sra. Eddy tuvo que luchar constantemente para alcanzar una comprensión más clara de su propio Libro de Texto. Sólo seis meses antes de que ella nos dejara, le dijo a un estudiante: “Siento que estoy comenzando verdaderamente a entender ‘Ciencia y Salud’”.¹⁸ Ella se apoyaba en la convicción de que la idea-Cristo seguiría inspirando a las generaciones venideras para comprender el tema con mayor profundidad, tal como se muestra, por ejemplo, en una declaración firmada: “Calculo que dentro de otro medio siglo, vendrá al frente el hombre que Dios haya capacitado para levantar en alto Su estandarte de Ciencia Cristiana”.¹⁹ Al respecto, resulta interesante notar que aunque el Libro de Texto había pasado por revisiones mayores y menores, y contaba con cientos de ediciones, “hasta el 10 de junio de 1907, ella jamás había leído este libro consecutivamente de principio a fin para aclarar su idealismo” (C&S xii: 21). Después de todo, se requirió de otro medio siglo para que la comprensión alboreara en relación a lo que este idealismo constituye, y para apreciar “Ciencia y Salud” como un libro de texto científico dentro del significado preciso de dicho término. ¿Por qué permaneció oculto durante tanto tiempo dicho idealismo? Porque es parte del genio de un revelador el esconder el misterio de la piedad hasta que se convierta en auto revelación para la época receptiva. Cuando la Sra. Eddy terminó la edición final de “Ciencia y Salud”, se cuenta que dijo a Laura Sargent, quien vivió en su casa con ella por muchos años: “He aquí, Laura, he puesto mi descubrimiento fuera del alcance de la mente mortal, y lo he escondido, lo he escondido y lo he escondido; y si lo escondo una vez más, mi descubrimiento se perderá”.²⁰

De esta manera vemos que la línea de luz jamás llega a detenerse, porque el Principio despliega su idea infinitamente. Por ello es que “las sucesivas declaraciones de los reformadores resultan indispensables para su propagación” (’01 30:6), y que “los reveladores personales tomarán su lugar adecuado en la historia, pero no serán deificados” (Misc. 308:10). La idea continua eternamente y jamás puede perderse.

¹⁸ Mis. Doc., pág. 141 (Contribución de Edward E. Norwood).

¹⁹ Ess. Coll. pág. 97 (la fecha estimada es Agosto de 1909).

²⁰ Laura Sargent a Lucia Coulson; también Ess. Coll., pág. 184, 3^{er} párrafo.

4. La estructura viviente del Libro de Texto constituye la estructura del hombre

Ya ha pasado más de un siglo desde la primera identificación del propio Principio, como la revelación de la Ciencia Cristiana en 1866. Hoy en día podemos mirar atrás, hacia el desenvolvimiento gradual de esta revelación. Primero, en la época de la Sra. Eddy, como el texto de “Ciencia y Salud”, en donde la revelación se enfatizó con claridad en las declaraciones expresadas. Después, cuando ella nos dejó, el Texto nos cedió su estructura científica. La Sra. Eddy nos pide al final de su Libro de Texto: “Id y tomad el librito... Tomadlo y comedlo... Tomad la Ciencia divina. Leed este libro de principio a fin. Estudiadlo, consideradlo” (C&S 559:18–22). Con la revelación de la ‘letra’ científica, todos podemos ahora estudiar y considerar el Libro de Texto, y con ello, imbuirnos de su ‘espíritu’, de manera que su estructura se convierta en la estructura verdadera y viviente del hombre. Este es el hombre genérico que va a guiar los siglos (véase My. 347:2–5).

Al comprender la estructura del Libro de Texto—y no sólo las oraciones en forma aislada—el hombre reconoce su ser como el cálculo infinito y divino, y al convertirse él mismo en la idea de esta misma ciudad, incorpora de esta manera en forma viviente, el significado espiritual de la ciudad establecida en cuadro. Esto está de acuerdo con las palabras de Jesús: “Y el Reino de los Cielos está dentro de vosotros; y quien quiera conocerse a sí mismo, lo hallará. Y cuando lo haya hallado, conocerá que vosotros sois hijos y herederos del Padre todopoderoso, y conoceréis que vosotros estáis en Dios y Dios en vosotros. Y vosotros sois la ciudad de Dios”.²¹ Actualmente podemos ver que esta ciudad de Dios es una idea divinamente cibernética, auto activa, auto organizada y auto regulada; y también podríamos afirmar que: “Y vosotros sois el cibernético divino”.

La idea de la Ciencia se abre paso con independencia de gente y organizaciones, liberándose de todo cuanto sea desemejante al Principio. “La Ciencia majestuosa no se detiene” (C&S 566:9); el razonamiento espiritual y el pensamiento libre han acompañado verdaderamente a la Ciencia que se acerca, y no pueden ser depuestos.²² El Libro de Texto “está leudando la masa completa del pensamiento humano” (My. 114:31–32); y la ciencia, la teología y la medicina se están aproximando más y más a las declaraciones fundamentales de la Ciencia Cristiana. El futuro le pertenece a la idea de la Ciencia de todas las ciencias.

Sabiendo que la Ciencia llega “a la manera señalada por Dios” y que “las iglesias parecieran no estar preparadas para recibirla”,²³ velemos y oremos por que la idea sea libre para seguirse desplegando a la manera señalada por el Principio. “Dejad que el Verbo tenga libre curso y sea glorificado... la Verdad no puede ser repetida; se despliega eternamente” (No. 45:26–31).

²¹ “Los Dichos de Jesús”; II Dicho, *Journal de la Ciencia Cristiana*, Vol. XXII, 1904–5, pág. 35.

²² Véase C&S 223:23–25.

²³ Véase C&S 131:16–19.

2A. PARTE

EL DESENVOLVIMIENTO DE LA PRÁCTICA DE LA CIENCIA CRISTIANA

La Ventaja de una Investigación Histórica

Cuando en una ocasión la Sra. Longyear solicitó consejo en relación con un practicante de la Ciencia Cristiana, la Sra. Eddy le escribió la siguiente respuesta: “No le puedo aconsejar en relación con un practicante de la Ciencia Cristiana, pero le solicito encarecidamente que a elija alguien que conozca la historia de la Ciencia Cristiana” (Ess. Coll. pág. 256). A primera vista esta respuesta pareciera sorprendente. Uno se pregunta por qué el conocimiento de la historia de la Ciencia Cristiana tiene que ver con la calificación de un buen practicante; pero al considerarlo de nuevo, se hace evidente que dicho conocimiento es de gran importancia. En todos los temas resulta siempre mucho muy útil, el conocer algo acerca de los desarrollos anteriores, porque entonces uno puede ver la importancia de lo que está ocurriendo en el presente, y esto lo capacita a uno para sentir, en cierta medida, la dirección que el desarrollo futuro tomará.

Cuando conocemos el desarrollo de la historia de la práctica de la Ciencia Cristiana, nos hacemos conscientes de las diferentes etapas que ya han sido dominadas; por lo regular estas etapas muestran los errores y dificultades comunes que se presentaron y que finalmente fueron vencidos. Equipados con tal conocimiento podemos protegernos contra la repetición de errores pasados y con ello alcanzar un nivel superior. En otros campos de la vida humana se ve que experimentamos por lo regular, en forma individual, el mismo desarrollo que el proceso histórico, aunque en mucho menor tiempo. Desde 1866, el desenvolvimiento de la práctica de la Ciencia Cristiana ha pasado a través de etapas; etapas por las que cada individuo que lleve a cabo esta práctica, en cierta forma también va a recorrer. Si desde un principio estamos atentos a estos diferentes niveles, dicho conocimiento será de gran ayuda para nosotros, porque (1) conoceremos los errores del pasado y conociéndolos, no los repetiremos (2) y nos esforzaremos constantemente por alcanzar un nivel más alto de la práctica, para que (3) podamos progresar rápidamente. Cuando se menciona aquí que desde 1866 estuvieron surgiendo métodos superiores y más nuevos, relacionados con la práctica de la Ciencia Cristiana, y que tales períodos están interconectados con los nombres de expositores particulares, resulta necesario aclarar explícitamente, que el desarrollo no surgió por medio de la comprensión individual humana, sino que se debió a la idea-Cristo que siempre está en acción. Sólo la idea-Cristo, y no el pensamiento humano, es el impulso tras todo progreso espiritual. Es la naturaleza de la idea-Cristo el demandar progreso constante y avance incesante; también el poder de esta idea-Cristo trae consigo un gran adelanto en lo humano, a pesar de lo humano. “La Ciencia Cristiana y los Científicos Cristianos, tendrán, *tienen que tener*, una historia” (Misc. 106:3). Aquéllos que estén preparados para abrir la conciencia a lo novedoso de la Vida, son también aquéllos que estarán más capacitados para ser utilizados para el propósito del Cristo; pero serán sólo siervos y no generadores de evolución espiritual.

1. La etapa formativa

Desde su tierna infancia pueden ser reconocidos dos factores distintivos en la vida de la Sra. Eddy, los cuales más tarde fueron enlazados en un armonioso todo, y después produjeron algo completamente nuevo. Éstos fueron: (1) verdadera religiosidad, e (2) investigación científica. Ambos factores condujeron al descubrimiento de la Ciencia Cristiana, y a la curación divina y científica.

Desde niña Mary Baker Eddy experimentó los efectos de la curación religiosa. En su autobiografía nos cuenta que a los doce años (en 1833) sufrió de una fiebre muy alta como consecuencia de un altercado de tipo religioso con su padre. En oración se volvió hacia Dios. Cuando estaba orando, “un suave resplandor de gozo inefable” se apoderó de ella. “La fiebre se había ido” y se levantó, encontrándose “en una condición normal de salud... El médico se maravilló”.²⁴

A los 25 años (en 1846), se interesó en la medicina e investigó los diversos métodos médicos de su época. Debido a su constitución enfermiza esperaba encontrar alivio por medio de la alopátia; pero no hallando la ayuda efectiva, se volvió hacia la homeopatía. Esto resultó ser un importante paso de preparación para su descubrimiento de la curación espiritual, porque aprendió a reconocer la naturaleza mental del fenómeno físico, así como de la de las enfermedades físicas. Acerca de la práctica de la homeopatía, ella escribe cómo, entre otros muchos experimentos, habiendo tomado una cápsula de sal común de mesa, la atenuó “hasta que no quedó ni una sola propiedad salina... y sin embargo, con una gota de dicha atenuación disuelta en una copa con agua, y administrando una cucharadita del agua a intervalos de tres horas, había curado a un paciente que se consumía en el último grado de fiebre tifoidea” (C&S 153:6–11).

A partir de éste y de otros experimentos similares,²⁵ llegó a la conclusión de que no es la droga, como sustancia material, lo que provoca tales curaciones, sino la creencia humana en la droga (Ess. Coll. pág. 266). Al “intentar rastrear todos los efectos hacia una causa mental” (ibíd.), en su investigación de la homeopatía, la cual mentaliza la droga, le fue mostrado que una droga se asemeja más a la mente humana que a la materia. Ella extrajo la conclusión final de que la creencia mortal, en lugar de la droga, gobierna la acción de toda la medicina material, y que lo que actúa es menos materia y más mente (véase Ess. Coll. pág. 266). De esa manera la homeopatía colocó “la piedra angular para la curación mental”.²⁶

La Sra. Eddy tuvo mucho éxito con los tratamientos homeopáticos y también con tabletas que no estaban medicadas (placebos), pero esos éxitos en la curación, no satisfaciéndola, se convirtieron en piedras de avance para un propósito superior: la metafísica se volvió “el siguiente paso majestuoso, más allá de la homeopatía” (C&S 156:27). Mientras que la homeopatía está basada en el axioma de “cuanto menos medicamento mejor”, la metafísica añade: “hasta llegar a suprimir el medicamento” (Cur. 11:23–24). De esta manera, la mente y no la materia, se convierte en el factor de la curación. La metafísica se basa sólo en aquello que está más allá (meta) de lo físico. De esta manera, sus “investigaciones y experimentos médicos habían preparado su pensamiento para la metafísica de la Ciencia

²⁴ Véase Ret. 13:1–14:3.

²⁵ Véase también C&S 156:6–25; Cur. 13:5–24.

²⁶ Véase Cur. 11:20–22.

Cristiana” (C&S 152:22).

Los pacientes que no son sanados por la medicina material, experimentan por lo regular el mismo desarrollo—se apartan de la medicina y buscan ayuda en medios menos materiales de curación, sólo para aprender, paso a paso, que sin fe en la medicina, la droga pierde su poder de curación; y que finalmente es la actitud mental interior la que determina la curación. Pero, ¿cómo encuentra uno la correcta actitud interior? ¿Por medio de la religión?

En su desarrollo, la religiosidad de la Sra. Eddy no sufrió a causa de su búsqueda científica en el campo de la medicina. Ella no sólo experimentó grandes curaciones gracias a los medios homeopáticos, sino que también tuvo curaciones excepcionales sobre una base religiosa. Escribe: “A mediados de 1850, la Sra. Smith, de Rumney, New Hampshire, USA, vino a mí con su bebé, cuyos ojos estaban enfermos; una masa inflamada; ni la pupila ni el iris podían verse. No le di medicinas al bebé—lo estreché entre mis brazos durante unos cuantos minutos mientras elevaba mis pensamientos hacia Dios; luego devolví a la madre, un bebé sanado” (Ess. Coll. pág. 145).

Aunque la Sra. Eddy podía sanar a otros, ella misma no podía sanarse de un estado de salud que constantemente empeoraba. En tanto buscaba en vano algo que aminorara su sufrimiento, sometiéndose a una cura hidropática, escuchó del gran éxito de sanación del magnetizador P. P. Quimby. Entonces la Sra. Eddy hizo un esfuerzo por recuperarse con objeto de ser capaz de viajar para ver a Quimby.

¿Cuál era el método de Quimby para sanar? Se humedecía las manos; frotaba el cuero cabelludo del paciente, y argumentaba mentalmente por la salud. De acuerdo a la Sra. Eddy, él contaba con “algunas ideas avanzadas propias” (Misc. 379:18). Para él, la enfermedad era una creencia falsa aceptada mentalmente; pero la materia, para él, era tan real como el Espíritu. Trataba el pecado y la enfermedad como realidades. El tratamiento consistía en argumentos relacionados con la salud por parte del magnetizador, con los cuales el paciente era liberado de sus creencias falsas; las creencias de enfermedad tenían que someterse a las creencias más fuertes de salud. Al preguntársele sobre el *modus operandi* de su tratamiento, no podía dar explicación alguna, por lo que no podía enseñarlo a estudiantes. Sin embargo, a pesar de su ignorancia en cuanto a cómo ocurría la curación, tenía muchos pacientes y gran éxito—claro ejemplo de que las curaciones corporales pueden ser logradas sobre la base de cualquier creencia. Un método de curación inmaterial, sin lugar a dudas, no es un método espiritual y divino de curación—es más, la curación resultante, de hecho no constituye una verdadera ‘curación’.

Quimby no atribuía sus curaciones a Dios ni trataba de explicarlas a través de una interpretación espiritual de la Biblia. No las consideraba como el resultado de una influencia divina. La Sra. Eddy trató de atribuir un Principio espiritual al método de curación de Quimby, relacionándolo con las sanaciones bíblicas, pero al final se dio por vencida. Gracias a la ayuda de Quimby, la salud de ella mejoró considerablemente (incluso, con su método, ella sanó pacientes a quienes él no podía sanar), pero gradualmente regresó a casa sin estar totalmente recuperada (Ess. Coll. pág. 267).

Su anhelo por hallar el método divino de curación todavía no había encontrado respuesta, pero la tierra mental estaba ahora preparada para una revelación futura de la curación divina. Primeramente ella supo, por su práctica con la homeopatía, que la medicina no es material sino mental, “aunque cuando se conocían las virtudes mentales de los métodos materiales de la medicina, resultaban insuficientes para responder a sus preguntas” (Ess.

Coll. pág. 266). Segundo, ella supo, a través del método de Quimby, que cuanto más fuerte se gobernara la mentalidad humana más débil, sólo se alcanzaría un efecto benéfico, en tanto la mayor también fuera la mejor. ¿Pero, puede la mente humana impartir la verdad, el bien? ¡No puede! Por lo tanto también nos queda muy claro, que la Sra. Eddy estaba anhelando una curación por medio de esa Mente que no es humana, sino divina. Reflexionando sobre esa etapa, ella escribió: “Debo saber más del origen incontaminado e infalible, para obtener la ciencia de la Mente, el Espíritu que es Todo en todo, donde la materia resulta obsoleta; nada más puede resolver el problema mental” (Ess. Coll. pág. 266). Habiendo reducido la medicina material a la mentalidad, y habiendo comprendido que cuanto más fuerte una mentalidad, tanto más gobierna a una más débil, se hizo evidente para ella que la mentalidad más fuerte tendría que ser Dios, la Mente divina. La razón humana no puede equipararse a esta Mente, y demanda que “el pensamiento tenga que espiritualizarse para comprender al Espíritu... El preciado lugar de las cosas materiales tiene que ser transferido a la percepción y al disfrute, de lo espiritual. Para que el Espíritu sea supremo en la demostración, debe estar revestido con el poder divino, en lugar de con el poder humano” (Ess. Coll. pág. 267). Esta percepción la hizo receptiva a que el factor de curación, es el conocimiento de la Mente divina o Espíritu, en lugar de una mente material.

2. El descubrimiento de la curación por la Mente divina

A principios de febrero de 1866, la Sra. Eddy cayó sobre el hielo y el médico declaró sus heridas como fatales. Luego de tres días, pidió su Biblia; la abrió en Mateo 9 y leyó la curación del hombre enfermo de parálisis. Ella escribe al respecto: “Conforme leía, la Verdad curativa alboreó sobre mis sentidos; y el resultado fue que me levanté, me vestí y disfruté de mejor salud que nunca antes. Esa corta experiencia incluyó una vislumbre de un gran hecho que desde entonces he tratado de aclararles a otros, es decir, la Vida en y del, Espíritu, siendo esta Vida la única realidad de la existencia. Aprendí que el pensamiento mortal desarrolla un estado subjetivo al que llama materia, excluyendo así el verdadero sentido del Espíritu” (Misc. 24:12). Algo totalmente nuevo había sido tocado: la Vida en y del, Espíritu.

Al momento de su sanación, ella no comprendió con claridad la explicación científica del método de curación. La Verdad sólo había “alboreado” sobre ella, y tan solo había captado “una vislumbre”. En ese entonces no pudo “explicar el *modus operandi* de [su] alivio” y tan solo pudo asegurar al doctor “que el Espíritu divino había obrado el milagro— un milagro que más tarde descubrí que estaba en perfecto acuerdo científico con la ley divina” (Ret. 24:19–22). Convencida de “que el Espíritu divino” había obrado la curación, aprendió entonces “que la Mente reconstruye el cuerpo, y que nada más puede hacerlo. El cómo había sido hecho, la Ciencia de la Mente espiritual debía revelarlo”, y añade: “En aquel entonces para mí era un misterio, pero después lo comprendí. Toda Ciencia es una revelación” (Ret. 28:25–26).

Paso a paso trató de encontrar una razón para su curación, y fue sólo “a fines de 1866” que “obtuve la certeza científica de que toda causalidad era Mente, y todo efecto un fenómeno mental” (Ret. 24:10–11). Durante 20 años había estado tratando “de relacionar

todos los efectos físicos con una causa mental” (Ret. 24:8), pero sólo entonces encontró la respuesta correcta, es decir, “Que la errada, mortal y mal llamada *mente*, produce todo el organismo y toda acción del cuerpo mortal” (C&S 108:32).

Mientras que Quimby aún consideraba la materia y la enfermedad como realidades, a la Sra. Eddy le fue revelado que sólo el Espíritu es real. Entonces, ¿qué es la materia? Ahora se veía que la materia era el estado subjetivo de la mente mortal, una concepción errada de aquello que el Espíritu es. Al reconocer la mente mortal como una mente errada y por consiguiente irreal, esto condujo a la comprensión y a la demostración del factor principal de la Ciencia de la Mente, de que “La Mente es Todo y la materia es nada” (C&S *El descubrimiento de la curación por la Mente divina* 109:1). Esta Mente divina se expresa en ideas divinas como las únicas realidades del ser. “Sin embargo este hecho grandioso no se ve apoyado por la evidencia perceptible, hasta que se demuestra su Principio divino en la curación de los enfermos, probando así ser absoluto y divino” (C&S 109:6). La Sra. Eddy sometió su revelación a las pruebas prácticas más amplias y probó el gran hecho de que “esa Mente gobierna al cuerpo; no parcial, sino totalmente” (C&S 111:30).

Podríamos pensar que la Sra. Eddy habría quedado satisfecha con su milagrosa curación, sobre todo porque no sólo fue sanada instantáneamente de los fatales efectos de su accidente, sino también de sus dificultades físicas—y no sólo en forma temporal, sino permanentemente. Sin embargo ella razonó: si tal curación es posible una vez, debe haber una ley que la gobierne, la cual siempre está en acción; así que una comprensión del tal ley debe capacitarlo a uno para aplicarla en todos los casos de enfermedad, y para enseñarla a otros. Todos debíamos ser capaces de aprenderla para que finalmente todo el mundo pueda salvarse del pecado, la enfermedad y la muerte. Ella reconoció la promesa al haber tocado una ley que todo lo sana, pero todavía enfrentaba la enorme tarea de descubrir el *modus operandi* de la curación. Aunque estaba convencida de que el Espíritu divino la había sanado, y que había un Principio y leyes divinas en acción, todavía no conocía la naturaleza exacta de este Principio ni las leyes implícitas. Luego de su enorme experiencia religiosa, los aspectos científico, investigador y descubridor, se volvieron a activar en ella. Lo espiritual tiene que contar con una explicación científica: “Yo sabía que el Principio de toda acción de la Mente armoniosa es Dios, y que las curaciones se producían en el Cristianismo primitivo por una fe santa y enaltecedora; pero tenía que conocer la Ciencia de esta curación, y llegué a conclusiones absolutas por medio de la revelación divina, la razón y la demostración” (C&S 109:17).

Para descubrir el Principio, las leyes, reglas, sistema y método de la curación espiritual, la Sra. Eddy se apartó de toda actividad social por tres años. “La Biblia fue mi libro de texto. Respondía a mis pregunta sobre cómo había sido sanada; pues las Escrituras tuvieron un nuevo significado para mí, una lengua nueva. Su significado espiritual apareció, y comprendí por vez primera, en su significado espiritual, la enseñanza de Jesús y su demostración, así como el Principio y la norma de la Ciencia espiritual y de la curación metafísica—es decir, la Ciencia Cristiana” (Ret. 25:3). El hecho de que el Espíritu divino sana, llegó a ella como una revelación directa, porque “la Verdad es una revelación” (C&S 117:28), pero el *cómo* de la curación espiritual fue descubierto por medio de un estudio profundo de la Biblia en su sentido espiritual.

La Biblia se convirtió para ella en un libro nuevo. “Los milagros relatados en la Biblia... se hacían divinamente naturales y comprensibles” y en las curaciones de Jesús vio

“el funcionamiento de la ley divina” (Ret. 26:12–17). Así, Jesús apareció en una luz nueva, como “un Científico natural y divino” (Ret. 26:18). Para él, las curaciones de los enfermos no eran milagros, sino las pruebas de las divinas leyes científicas.

Durante nueve años (1866–1875), la Sra. Eddy se dedicó al descubrimiento de la naturaleza del Principio divino y su aplicación a la curación de los enfermos, y luego publicó sus hallazgos en su libro “Ciencia y Salud con Llave para las Escrituras” (1875). En relación con esta etapa, ella escribe: “Yo misma estaba estudiando la Ciencia Cristiana paso a paso—desarrollando gradualmente el germen maravilloso que había descubierto como una investigadora honesta. Fue evolución práctica” (Ess. Coll. pág. 154). Aunque “en aquel entonces sus declaraciones futuristas no estaban completamente claras para su propia comprensión” (Ess. Coll. pág. 61), tuvo gran éxito en la curación espiritual. Ella sanaba “por medio del poder espiritual—el influjo divino de la Verdad” (Ess. Coll. pág. 155), y sin manipular externamente; la mayoría fueron curaciones instantáneas y raramente tenía que dar más de un tratamiento. A pesar de estas pruebas, en 1896 escribió con toda humildad: “Aún no he alcanzado la máxima prueba práctica de la Ciencia Cristiana absoluta... y quizá jamás la alcance en tanto permanezca visible a los sentidos personales” (Ess. Coll. pág. 61). Todo esto muestra que una gran revelación puede irrumpir en nuestra conciencia, pero que a menudo se requiere de un largo tiempo antes de que pueda volverse totalmente práctica en la experiencia cotidiana. Incluso podríamos tener la sensación de que toda una vida humana no bastaría para alcanzar dicho propósito. Hasta el final de su vida terrenal, la Sra. Eddy tuvo que esforzarse constantemente por alcanzar una comprensión superior y una base más viable de demostración.

Al mismo tiempo se le presentó otro problema importante: ¿Cómo podría la práctica de la curación ser enseñada a los estudiantes? ¿Acaso era posible? ¿Podía la espiritualidad ser enseñada; y si así fuera, cómo? Al principio esto parecía no tener solución. “Al meditar sobre la majestad y magnitud de esta pregunta, me parecía que serían necesarios siglos de desarrollo espiritual para que yo pudiera elucidar o demostrar lo que había descubierto” (Misc. 380:8). Sólo lo espiritual puede concebir lo espiritual. ¿Cómo podrían los estudiantes conseguir la espiritualidad, como para ser revestidos con poder espiritual para sanar? “La razón humana no bastaba” (Ret. 34:10). Primero era necesario adaptar el método de curación al nivel de la conciencia de los estudiantes. Pero, ¿cómo? La Sra. Eddy escribe acerca de estas dificultades: “El método para la práctica de los estudiantes me desconcertaba. Aunque yo sanaba por medio del poder espiritual—el influjo divino de la Verdad—los estudiantes no podían ser enseñados sobre la oración silenciosa y efectiva que echaba fuera los males y sanaba a los enfermos, hasta que recibieran la unción del Espíritu... Se requiere en ambos casos, de una preparación del corazón de la conciencia espiritual” (Ess. Coll. pág. 155). Resultaba imprescindible una educación gradual encaminada hacia la espiritualidad. De acuerdo al consejo de Jesús: “primero hierba, luego espiga, después espiga llena de grano” (Marcos 4:28), ella “comenzó apelando al sentido material más alto del ser espiritual y de la curación; luego a su comprensión más alta de que todo es Mente, por la cual y en la cual, toda concepción y medios materiales de curación son inútiles; y que en el silencio y la oración invisible está la culminación, incluso la demostración asegurada, del divino poder de Dios para sanar al enfermo” (Ess. Coll. pág. 60–61). De esa manera los pasos para la curación fueron especificados a los estudiantes—primero alcanzar un sentido material superior de curación, y luego alcanzar una comprensión espiritual de la totalidad de la Mente,

hasta llegar a la conciencia del Espíritu único.

Muy pronto (1867) las circunstancias la obligaron a dar inicio a la enorme tarea de enseñar a los estudiantes el cómo sanar. Al enseñar, ganó la experiencia que le mostraría la forma y el nivel mental hacia el que tenía que trasladar y reducir su exaltada revelación en ese momento—el nivel de la argumentación.

3. Curando por medio de ‘argumentos’

Tiene que dejarse claramente establecido, desde el principio, que la curación por medio de argumentos no fue un método original de tratamiento de la Sra. Eddy. Ella dijo: “Yo jamás tuve que argüir, pero al comenzar a enseñar a alumnos, tuve que conocer el pensamiento en donde ellos se encontraban” (Ess. Coll. pág. 5). Como no había suficiente espiritualidad en la conciencia de sus alumnos, tuvo que recurrir a aquello que todos tenían, es decir, pensamientos.

La argumentación utiliza el método de afirmaciones y negaciones, con las cuales la argumentación relacionada con la salud y la perfección son afirmadas mentalmente, y toda argumentación en contra es negada. De inmediato uno se da cuenta que todo queda calificado en el nivel humano de bien y de mal. La argumentación recurre “al sentido material más alto del ser espiritual de ‘los estudiantes’ (Ess. Coll. pág. 61), sin contar con la certeza de que verdaderamente, se adecúe al nivel de la Verdad. Por ello resulta evidente lo inadecuado de dicho método.

Numerosos son los argumentos que hay que rechazar. Sabemos demasiado bien que en cada caso, la mente mortal acumula sugerencias malignas sobre sugerencias malignas; que una pretensión falsa conduce a otro tanto de argumentos malignos. Los practicistas de aquellos tiempos tenían a menudo, para que no se les olvidaran, largas listas de argumentos que debían considerar dentro del tratamiento. En este sentido el tratamiento no sólo se convertía en una rutina sin inspiración fresca y espontánea, sino que al final también se convertía en una carga.

¿Qué clase de argumentos tenían que considerarse en tal tratamiento? Tan sólo se mencionarán aquí unos cuantos, con objeto de tener una impresión general. Tal tratamiento comienza por lo regular con Dios, y afirma mentalmente que Dios no puede pecar ni estar enfermo; que Dios, por consiguiente, no creó el pecado, la enfermedad ni la muerte; que por ello el hombre no puede pecar, estar enfermo ni morir; que el pecado, la enfermedad y la muerte no pueden ser causa y tampoco pueden ser efecto. Al principio, el paciente era llamado por su nombre; más tarde el nombre fue borrado. El nombre, así como la enfermedad, son negados. Todos los síntomas de la enfermedad son rechazados. Se niega que la enfermedad tenga causa, poder o rumbo legítimos; que sea real, peligrosa, contagiosa o con efectos secundarios. Se afirma el estado saludable del paciente, al igual que la realidad, la inmutabilidad, la totalidad y la perfección de su salud. Los testimonios opuestos de los sentidos son negados; la materia carece de sensación, no puede sufrir, inflamarse ni infectarse. Es afirmado que el tratamiento dado es efectivo y que no fue en vano; que no puede ser revertido en sus efectos; que el paciente sólo puede ser bendecido y no dañado por el tratamiento; que no puede haber recaídas; que el tratamiento incluye toda la

argumentación necesaria que se requiere para su éxito y que uno no puede olvidar nada; que el paciente sabe que está bien, etc. Tan múltiples son las creencias del pensamiento mortal, que uno podría continuar argumentando indefinidamente.

Hasta 1871 fue permitido por la Sra. Eddy, el que los estudiantes combinaran la argumentación con las frotaciones. En ese entonces, la gente por lo regular “pedía una señal—una evidencia material con la cual asegurar a los enfermos que *algo* se estaba haciendo por ellos” (Misc. 380:21). Mientras el practicante argumentaba a favor de la salud, frotaba al paciente o le “imponía sus manos”, signo exterior de que *algo* estaba haciéndole.

La imposibilidad “de demostrar la Ciencia de la curación metafísica mediante alguna forma de práctica externa” (Misc. 380:25), no podía permanecer oculta a los estudiantes, por lo que en 1872 se les instruyó para que abandonaran toda manipulación física cuando trataran al enfermo. Luego, en la primera edición de “Ciencia y Salud” (1875), la Sra. Eddy incluso estableció que aquél que frotara la cabeza de su paciente, “es un traidor a la ciencia” (C&S 1ª. edic. pág. 193). Así percibimos los cambios rápidos e incisivos que ocurrieron en el desarrollo del método de curación.

En un comienzo los practicistas argüían audiblemente, porque de esa manera obtenían una convicción mayor relacionada con la argumentación. Por ejemplo, si un paciente de repente y agresivamente era atacado por algún problema—como en el caso de un dolor repentino, un gran dolor—siendo por ello incapaces de tratar el caso con paz y convicción internas, el “tratamiento audible” todavía parecía ser el método adecuado como primera ayuda. Sin embargo debe recordarse que esto está lejos de ser “‘la voz callada y suave’ del pensamiento científico” (C&S 559:8). Así que se puso en práctica el siguiente paso, la “argumentación silenciosa”.

La argumentación silenciosa es una mentalización, posterior a la argumentación audible. También fue conocida como “hablar al pensamiento”. Tal tratamiento está basado en las siguientes consideraciones: El practicante se dirige mentalmente al paciente—pudiendo o no, mencionar el nombre del paciente—argumentando por la verdad del caso y negando las sugerencias erróneas. Esto se hace bajo la suposición de que los pensamientos de verdad del practicante son transferidos a la mentalidad del paciente, con lo cual las creencias erróneas de éste último son corregidas y remplazadas por los pensamientos verdaderos del practicante. ¿No debiera dicho método ser llamado “trasmisión del pensamiento” en lugar de curación espiritual? ¡Por supuesto que sí! Mejor sería llamarlo ‘hipnotismo benevolente’, más que *Ciencia Cristiana*. Dichos conceptos falsos todavía son expresados hoy en día, tal como cuando un paciente dice: “Mándame algunos buenos pensamientos” o “Este practicante tiene un pensamiento muy poderoso”.

Durante las últimas dos décadas del siglo XIX, los tratamientos fueron dados principalmente sobre la base mencionada. Se dice que Kimball preguntó en una ocasión a la Sra. Eddy si ella no consideraba que el 50% de todos los tratamientos en la *Ciencia Cristiana* fueran mesmerismo. Con una sonrisa ella respondió que seguramente lo eran en sus dos terceras partes.²⁷

Resulta evidente que tal método de transferencia del pensamiento y de transferencia de voluntad, deben consciente o inconscientemente, conducir a la mala práctica mental.

²⁷ Véase de Ames Nowell, *Mary Baker Eddy, Her Revelation of Divine Egoism [Su Revelación del Egotismo Divino]* (New York: Veritas Institute, Inc., 1963), pág. 76–77.

Mientras no sea comprendido el nivel divino de aquello que representa la Verdad absoluta, no podrá diferenciarse claramente la buena práctica mental de la mala práctica mental.

Sin embargo, la idea-Cristo no descansa, sino que impulsa al pensamiento a que se eleve más alto. El pensamiento del “tratamiento impersonal” alboreó. Puesto que la causa de toda enfermedad es mental, la enfermedad no está en un cuerpo ni en una persona, sino en la mente. ¿Cuál mente? Ya que la mente mortal es impersonal, la enfermedad no sólo reside en la mente del paciente, sino también en la mente del practicante. Es cuestión de un “Médico, sánate a ti mismo” (Luc. 4:23), y no de un “Médico, sana a tu paciente”. Ahora bien, en este punto, los practicistas mentales se dieron cuenta que su obra consistía primero en tratarse ellos mismos para tratar y sanar a sus pacientes. Ellos tuvieron que darse tratamiento contra todas las creencias falsas que el paciente les presentaba; tenían que argumentar contra todas las sugerencias que plagaban *su* mundo; ya no daban más tratamiento a los pacientes sino a ellos mismos. El único propósito de los practicistas al afirmar la verdad, era el de clarificar su propio pensamiento, para liberarlo de todas las sugerencias que escuchaban de las historias de sufrimiento de sus pacientes.

Podemos percibir fácilmente que este método constituyó un paso de progreso. El problema de la “transmisión del pensamiento” ya no afloró más, y la posibilidad de la mala práctica mental hacia el paciente fue excluida. Los practicistas se ocuparon exclusivamente de sus propias conciencias. Puesto que hay *una* sola Mente, y esta única Mente es impersonal, la sanación de la conciencia propia es idéntica a la curación de la conciencia del paciente, y en un sentido más amplio, es una curación universal. Jesús ya había declarado: “Y Yo, si fuere elevado de la tierra, atraeré a todos los hombres a Mí” (Juan 12:32). Todo cuanto importaba ahora era que el practicante se elevara constantemente más alto en conciencia; que se extendiera más ampliamente y se liberara de su propia ignorancia en relación a su unicidad con Dios y a las obras infinitas de Dios. Cuanto más crecían los practicistas en comprensión, tantos más pacientes encontraban su curación.

A fines del siglo pasado este método fue utilizado más y más, aunque todavía en 1958 el profesor Braden declaraba que “la mayoría de los practicista aún no actúan sobre esta base”.²⁸

El método de practicar de los estudiantes era aún muy inmaduro; a partir del método de la argumentación, todavía había un largo camino que recorrer para alcanzar su propósito—la espiritualización del pensamiento y la Ciencia espiritual. Entre 1889 y 1891, la Sra. Eddy se apartó de sus prósperas actividades y “buscó en soledad y silencio, una comprensión superior de la unidad científica absoluta que tiene que existir entre la enseñanza y la letra del Cristianismo, y el espíritu del Cristianismo” (My. 246:13). Durante ese período “aparecieron la luz y el poder de la coincidencia divina del espíritu y el Verbo” (My. 246:21). Uno de los resultados de este período fue una nueva revisión de “Ciencia y Salud”, su 50ª edición (1891). Los distintos niveles de la práctica—por un lado el método de la argumentación mental y por el otro el de la espiritualidad—surgieron con mayor definición. He aquí algunas referencias significativas: “Recordad que la letra y la argumentación mental tan sólo son auxiliares humanos para ayudar a traer el pensamiento en armonía con el espíritu de la Verdad y el Amor, que sanan tanto al enfermo como al pecador”.²⁹ “Por los argumentos

²⁸ Charles S. Braden, *Christian Science Today [La Ciencia Cristiana Actual]* (London: George Allen & Unwin Ltd., 1958), pág. 348.

²⁹ Véase C&S 454:31.

verdaderos que empleéis, y en particular por el espíritu de Verdad y Amor que admitáis, sanaréis a los enfermos”³⁰ Mientras el estudiante no esté “en perfecta sintonía con la Ciencia divina”, todavía requerirá de “los argumentos de la verdad, como recordatorio. Si el Espíritu o el poder del divino Amor da testimonio de la verdad, éste será el ultimátum, el método científico, y con ello la curación será instantánea”³¹ Una y otra vez la Sra. Eddy deja en claro que la argumentación sólo puede ser considerada como un paso preparatorio para la sanación por medio del Espíritu. “No hay suficiente poder espiritual en el pensamiento humano como para sanar al enfermo ni al pecador” (Misc. 352:23). Por ello la argumentación mental puede ser utilizada hasta que uno pueda curar sólo por medio del Espíritu.³²

Con la llegada del nuevo siglo, la Sra. Eddy se mostraba todavía más enfática en que sus estudiantes se elevaran por sobre el método de la argumentación. De acuerdo a las notas del “Curso en Divinidad”, la Sra. Eddy dijo que Jesús no discutía con el diablo, pero que le dijo: “Apártate de mí, Satanás” (Ess. Coll. pág. 2), y que pensaba que en ocasiones la argumentación obstruía la labor, al materializar el pensamiento—“Apéguese a lo espiritual” (Ess. Coll. pág. 32). Incluso ella señaló que “A causa del exceso de ansiedad al argumentar contra las creencias de nuestros pacientes, existe el peligro de hacer de ellas, una realidad” (Ess. Coll. pág. 181).

La argumentación debe abrir paso a la comprensión divina. “Para fortalecernos solamente necesitamos de la argumentación contra la enfermedad. Cuando podamos sanar sabiendo que Todo es Mente, no necesitaremos saber nada acerca de la enfermedad” (Ess. Coll. pág. 177). De acuerdo al “Curso en Divinidad”, la Sra. Eddy dijo inequívocamente: “No tenéis que argumentar; CONOZCAN. CONOZCAN a Dios y a Su idea, y no argumenten acerca del pecado” (Ess. Coll. pág. 2).

¡“Dios y Su idea”! La era estaba dispuesta a avanzar desde el plano del pensamiento hacia el plano de las ideas. Percibimos un avance sólido desde la curación por medio de pensamientos de verdad, hacia la curación por las ideas de Dios. La diferencia entre la curación mental del pensamiento o curación mental, y la curación por la Mente divina, se hacía cada vez más evidente.

Mirando en retrospectiva hacia ese período, John W. Doorly escribe: “Cuando llegué al movimiento de la Ciencia Cristiana en 1902, era un movimiento sincero, religioso, honesto. Conocían a Dios como Mente, y el resultado de la Mente era el pensamiento o pensamiento espiritual; pero no habían captado verdaderamente el hecho de la *idea*, aunque ésta estaba claramente establecida en ‘Ciencia y Salud’... En aquellos días, la mayoría de los Científicos Cristianos hablaban muy poco acerca del pensamiento, la conciencia, etc., los cuales eran todos, conceptos; pero no captaban la naturaleza acerca de la idea”³³.

Grandes esfuerzos se hicieron para un nuevo cambio en la conciencia. En lugar de pensar acerca de Dios; en lugar de reclamar la verdad acerca de Dios y el hombre, un cambio de punto de vista se estaba haciendo sentir: la curación por la Mente divina procede de la Mente divina, del hecho de que tenemos la Mente de Cristo, esa Mente divina que Se conoce

³⁰ Véase S&H 418:22.

³¹ Véase S&H 411:7–12.

³² Véase Mis. 359:5–8.

³³ De John W. Doorly, *Christian Science Practice*, 2nd Ed. [*La Práctica de la Ciencia Cristiana*, 2^a. Edición] (London: Foundational Book Company for the John W. Doorly Trust, 1958), pág. 94.

y que sólo Se conoce como ideas. Este avance está íntimamente relacionado con la enseñanza de su exponente, Edward A. Kimball, quien marcó el comienzo de una nueva era.

4. Curando por medio de ‘ideas divinas’

La Sra. Eddy sentía gran aprecio por Kimball. Al hacer un recuento de sus méritos como trabajador en el movimiento de la Ciencia Cristiana, ella escribe que su “enseñanza clara y correcta de la Ciencia Cristiana ha sido y es, una inspiración para todo el movimiento” (My. 297:18). Sus méritos no serán pasados por alto, cuando es considerado con análisis crítico desde el punto de vista superior actual: su contribución al desarrollo de la idea de la Ciencia Cristiana.

Doorly escribe acerca de esa etapa: “La curación se hacía por medio de una creencia religiosa en Dios como *Mente* —muy entusiasta y ferviente; por medio del valor del pensamiento espiritual, y por el hecho de que Dios es Amor”.³⁴ Pero Kimball fue quien comenzó a enseñar que: Dios es Principio divino y que este Principio tiene que ser comprendido por medio de sus ideas, ya que lo único que está aconteciendo es el Principio y su idea infinita.

Una breve exposición de las enseñanzas de Kimball se encuentra en su carta dirigida al Juez Hanna (29 de noviembre de 1907), conteniendo los siguientes puntos importantes:

“El Ser es Uno, y siendo infinito, no está compuesto de duplicaciones. Este Uno o Infinidad, es principalmente *Mente* (noúmeno) —secundariamente Ideas (fenómeno). *Mente* también es Vida, Poder, ley, Bien. Por ello es que hay una vida, un poder, un bien, una ley, etc. Siempre uno (*único* adorable)”.

“*Mente* está expresada por medio de ideas que son sustantivas, puesto que reflejan Sustancia. Las manifestaciones infinitas de *Mente* o infinidad de ideas, constituyen lo que puede ser llamado cuerpo o incorporación. Por lo tanto existe una Incorporación de Ser—Un cuerpo”.

“*Mente* e ideas—*Mente* y cuerpo son, hablando científicamente, —Uno, y eso constituye la totalidad de la unidad. Esta unidad de infinidad es inorgánica, y no incluye órganos—ni espirituales, ni de otra clase. Sin embargo, la manifestación o cuerpo, incluye o muestra todas las ideas—todas las cosas. Todas las cosas del cuerpo son perfectas—completas—inmortales, armoniosas, y gobernadas bajo la regla de la ley divina. Cuerpo es el cuerpo de todo Ser, tal como Vida es ‘la vida de todo Ser divino’. No hay nada incluido en el cuerpo, sino *aquello que es perfecto*. Para todo fin y propósito, pudiera decirse que todos los hombres tienen sólo una mente y un cuerpo”.

“Por otro lado, aquello que parece ser el universo material—hombre y cuerpo—no es lo que pareciera ser—el árbol no es el árbol, etc. No es del todo materia, sino error subjetivo—nada, sino la creencia que se llama a sí misma, materia—

³⁴ Ibid., pág. 98.

una creencia falsa. Una mentira es siempre, necesariamente, una mentira acerca de la verdad. De ahí que el árbol material y el cuerpo material no sean tales, sino mentiras acerca del árbol verdadero [real] y el cuerpo verdadero [real] —el cuerpo único”.

Habiendo declarado que Todo es Mente y sus ideas, que Mente y su idea es uno, y que esto constituye la única realidad, la pregunta, “¿Qué es el universo material?”, requiere de una respuesta nueva. ¿Cuál es la relación entre una existencia-idea y la existencia material? En 1885 la Sra. Eddy ya había respondido a esta pregunta sobre una base general, pero sólo ahora fue que este problema se volvió de vital interés. “Si la mente y el cuerpo mortales son mitos, ¿cuál es la conexión entre ellos y la identidad verdadera; y por qué hay tantas identidades como cuerpos mortales?” A esta pregunta, la Sra. Eddy respondió que “toda creación o idea del Espíritu tiene su contraparte en alguna creencia material”. El universo material y las creencias materiales son la contraparte, falsificación, deflexión de la idea-universo espiritual. En consecuencia, “toda creencia material insinúa la existencia de la realidad espiritual”. Debido a que una mentira es siempre una mentira acerca de una verdad, toda creencia material debe ser una mentira acerca de una idea espiritual. Toda mentira, por consiguiente, presupone la existencia de una idea acerca de la cual esta creencia es una mentira. Esto conduce a la delicada pregunta: ¿Puede uno, por tanto, comenzar desde cualquier creencia y por inversión llegar a la idea verdadera? He aquí la respuesta de la Sra. Eddy: “Si los mortales fuesen instruidos en los asuntos espirituales, se vería que al invertir la creencia material en todas sus manifestaciones, se hallaría el prototipo y representación de las verdades invaluable, eternas y ciertamente disponibles” (Misc. 60:32–61:3).

Aunque estas declaraciones son claras e impecables, con frecuencia fueron mal interpretadas—incluso hoy en día. Kimball tenía que corregir constantemente la interpretación errónea de su enseñanza. En su famosa carta Hinsdale (febrero 6 de 1905), impugnó muchas de las críticas que había recibido. Como toda creencia material insinúa la existencia de una idea, se concluyó erróneamente que toda cosa material existe como idea en la Mente divina, por lo que un piano, un ladrillo o una mesa, no son reales en cuanto a la forma en que son vistos, sino que existen como idea en la Mente. Pero Kimball discrepó; él enseñó que “la mente mortal tiene primaria y secundariamente, fases o subdivisiones de error”. Como errores primarios clasificó las cosas normales y materiales en el mundo material—tales como árboles, flores, gente, órganos, etc. — y las llamó las falsificaciones de una idea espiritual. Como errores secundarios consideró las distorsiones de la mente mortal. Por ejemplo, si un árbol (error primario) es derribado y con él se fabrican un poste telegráfico, un barril de whisky y un ataúd, entonces éstos son errores secundarios, porque ya no son más la falsificación de una idea, sino que insinúan la existencia de ideas. El poste telegráfico insinúa “el hecho espiritual de que ‘el pensamiento pasa de Dios al hombre’ y el todo del hombre es conocer (reflejar) la Mente infinita”. El barril de whisky insinúa el “hecho de que el hombre es espiritual, con sentidos espirituales y sustentado completamente por y en, la Mente”; “el único hecho tras un ataúd es el que hay una sola Vida infinita—y que esa Vida es la vida del hombre inmortal que jamás muere y no necesita de ataúdes”.³⁵

El hecho verdadero de que todas estas explicaciones condujeron a feroces discusiones

³⁵ Ibid., pág. 98.

dentro de la organización de la Ciencia Cristiana, sólo muestra que las opiniones que difieren no pueden clarificar el corazón de todo el problema: ¿Cómo es que sana una idea divina? Después de todo, aquello que estaba en juego no era una pregunta académica, sino el verdadero problema concreto de la curación espiritual, el método de curación que tendría que estar basado sobre un entendimiento correcto de la relación entre una idea divina y el problema humano o material. Como actualmente muchas de las interpretaciones erróneas de ese tiempo aún son ampliamente mantenidas por los Científicos Cristianos, algunos de esos enfoques erróneos bien pudieran ser tratados aquí y puestos bajo su luz adecuada, de acuerdo a la comprensión que hasta ahora hemos alcanzado.

La mayoría de las falsas interpretaciones surgieron del uso que Kimball hacía de la palabra “cuerpo”. Para él, “cuerpo” no significaba el cuerpo orgánico material, sino aquello que Pablo llamara “el cuerpo de Cristo”,³⁶ compuesto por todas las ideas de Dios. El cuerpo humano, por el contrario, es sólo una mentira acerca del cuerpo verdadero. Como la misma palabra “cuerpo” fue utilizada en un caso para lo espiritual, y en otros para el concepto material, la puerta quedó abierta para toda clase de interpretaciones equivocadas. Por otro lado, el Libro de Texto es muy claro en cuanto al uso de todos estos términos; sólo en una ocasión “cuerpo” es utilizado en su significado espiritual, e incluso sólo como una metáfora;³⁷ aparte de esa ocasión, este término siempre significa el cuerpo fisiológico. En el lenguaje de Kimball, el cuerpo material es la falsificación del cuerpo espiritual; la curación del cuerpo enfermo consistía en el reconocimiento de la verdad acerca de esta mentira, en el reconocimiento del cuerpo espiritual—el único cuerpo.

En esa época el interés estaba centrado en curar el cuerpo, y debido a que el cuerpo enfermo era considerado como una mentira acerca del cuerpo inorgánico, también podemos comprender la tentación de razonar desde lo material, para arribar a la idea verdadera, ya que “toda creencia material insinúa la existencia de la realidad espiritual” (Misc. 60:31). En lugar de razonar deductivamente desde Dios, tal como Kimball lo explicaba, los Científicos Cristianos comenzaron a razonar inductivamente partiendo de lo material para llegar, por inversión, a la idea verdadera. Todo interés parece haber estado concentrado en una frase que desafortunadamente se tomó fuera de su contexto: “La metafísica resuelve las cosas en el pensamiento, y reemplaza los objetos de los sentidos por las ideas del Alma” (C&S 269:15).

Así fue como se llegó a la falsa conclusión de que si toda creencia material insinúa la realidad espiritual, entonces todo órgano corporal material insinúa también un órgano espiritual. Por consiguiente, un hígado material o un corazón material era sólo la falsificación de un hígado espiritual o de un corazón espiritual. Al tratar con enfermedades del corazón, el practicante aclaraba al paciente que tenía un corazón espiritual, y que éste era perfecto. ¡Qué razonamiento más absurdo el que Dios, el Espíritu, pudiera tener un corazón, un hígado, riñones, un apéndice! El Espíritu es inorgánico y por lo tanto, el concepto “órgano espiritual” es contradictorio en sí mismo.

No menos absurdo era otro concepto; de que como “toda creación o idea del Espíritu tiene su falsificación en alguna creencia material” (Misc. 60:29), entonces todo órgano tenía que existir como una idea espiritual de Dios. El practicante le aclaraba al paciente que sufría de una enfermedad del corazón, que el corazón es una idea de Dios—corazón, hígado,

³⁶ Véase ejemplo en: I Cor. 12:27.

³⁷ Véase S&H 559:27.

riñones, etc., son ideas de Dios— ¡y por ello, perfectos! Razonaban que la idea corazón tenía su falsificación en un corazón orgánico. Al principio esta burda interpretación material errónea no fue ni reconocida por Kimball, pero sí fue corregida por la Sra. Eddy. En uno de los escritos de Kimball, él escribió: “Todo órgano o función del cuerpo es una idea de Dios”, y la Sra. Eddy rechazó esto de su puño y letra, con la frase: “una mentira”. Kimball escribió: “Tus manos son ideas de Dios, las cuales manifiestan Su poder, libertad y perfección”, y la Sra. Eddy rechazó lo anterior con: “una mentira”³⁸ Los órganos y funciones orgánicas son puramente *conceptos* corpóreos materiales, y consecuentemente, jamás pueden ser ideas del Espíritu. El corazón, hígado, brazo, etc., jamás pueden ser ideas de Dios. Dios no tiene corazón, ni bilis, ni vejiga, ni estómago, ni jamás los concibió como ideas.

Como órganos, no son ideas, sino “una mentira” (ibíd.), y puesto que una mentira siempre es mentira acerca de una verdad, uno naturalmente se pregunta: ¿Entonces qué es la verdad, la idea, la cual insinúa la mentira (corazón, hígado, brazo)? En este punto se establecen muchas conjeturas; pero las conjeturas nada tienen que ver con la ciencia. El corazón ya no fue considerado como la falsificación de un corazón espiritual o de la idea corazón, sino como insinuando la idea de amor; el brazo insinuando la idea de poder; la cabeza insinuando la idea de inteligencia. Hasta entonces las conjeturas estaban en su apogeo y muchos estaban tratando de encontrar la idea correspondiente para cada órgano y cosa material. Buscaban la idea para mesa, silla, púlpito, poste telefónico, tren de ferrocarril, etc. El practicante trataba cada caso, trabajando con la idea que parecía insinuar cada caso específico a tratar. Esta suposición, tratando de extraer conclusiones desde lo material hacia la idea gobernante, conducía a lo absurdo, puesto que el error jamás puede revelar la verdad.

Algunos arribaron a la siguiente conclusión: Si toda creencia material es una mentira, una irrealdad, entonces su existencia tiene simplemente que ser *negada*, y con ello el error será destruido; cuando un órgano está enfermo, el tratamiento consiste en negar mentalmente su existencia. Sin embargo dicho método finalmente condujo a la destrucción del cuerpo, en lugar de a su curación. En la época de Kimball, este método de tratamiento fue enseñado, entre otros, por el Dr. Baker. La Sra. Eddy intervino contra esta práctica, la cual es usada todavía en la actualidad: “Le dije al Dr. Baker que Jesús dijo ‘extiende tu mano’, pero todo cuanto usted tiene que decir es: Usted no ha obtenido ninguna mano”³⁹ Sorprendida por la muerte de un paciente que había sido tratado por el practicante con el argumento de que: “No hay ningún caso”, ella denunció tal clase de negación y dijo que “el paciente no obtuvo curación alguna” (ibíd.).

Todo el problema acerca de la relación entre la idea y el cuerpo provocó feroces discusiones. Kimball acudió a la Sra. Eddy en busca de apoyo. Para enfrentar el nivel de pensamiento de ese entonces, ella le dio a Kimball el siguiente consejo personal: “Declare, yo tengo un hígado perfecto, y permita que la importancia espiritual de esta declaración destruya el concepto falso acerca del hígado” (ibíd.) Kimball amplió esta declaración: “La idea de la cual el hígado es un concepto falso, es perfecta en el Bien”, y finalmente añadió: “Tenemos un hígado perfecto en Dios” (ibíd.) Kimball testificó que los practicistas sanaban exitosamente con este método. Con justa razón podríamos preguntarnos el por qué,

³⁸ *Ensayos sobre Ciencia Cristiana atribuidos a Mary Baker Eddy*, publicados por Gilbert C. Carpenter, C.S.B. (1934), pág. 20.

³⁹ Carta de Kimball al Juez Hanna (Noviembre 29, 1907).

considerando que su declaración no contiene ninguna explicación científica; no explica lo que es “la idea”, de la cual el hígado es un concepto (ibíd.) Como esto no pudo ser explicado científicamente, el tratamiento consistía de fe ciega en una idea desconocida.

Kimball había postulado un punto de vista nuevo: Dios es Principio; este Principio tiene que ser entendido por medio de sus ideas. Estas ideas son las realidades acerca de las cuales, las creencias materiales son una falsificación. Éste era un gran concepto, pero no fue comprendido de inmediato—todo lo que es grande requiere de tiempo para ser entendido completamente. El problema era que no podía explicarse ni definirse el término “ideas”. En ese tiempo nadie lo sabía con precisión. La pregunta: “¿Qué son las ideas de Mente, Espíritu, Alma, Principio, Vida, Verdad y Amor?”, ni siquiera fue planteada, y mucho menos contestada. Aún no había llegado la hora. Los estudiantes sólo tenían una percepción vaga de lo que las ideas eran—de que eran buenas, perfectas, eternas, poderosas—pero las confundían continuamente con los conceptos materiales.

Todavía había mucho razonamiento desde lo material, desde el cuerpo y los órganos, como para arribar a las ideas; en tanto que las ideas sólo pueden ser deducidas desde el punto de vista de Dios. “Las ideas... nacen del Espíritu, y no son meras conclusiones extraídas de premisas materiales” (C&S 274:10). Esta clara instrucción formulada fue pasada por alto: “Para razonar desde causa hacia efecto en la Ciencia de la Mente, comenzamos con la Mente, la cual debe ser entendida por medio de la idea que la expresa, y no puede ser aprendida desde su opuesto, la materia” (C&S 467:33).

Como si estuvieran ciegos, muchos estaban basando su práctica curativa sobre la declaración de que “Al invertir la creencia material en todas sus manifestaciones, encontramos el tipo y representante de eternas verdades invaluable, y justo al alcance de la mano” (Misc. 61:1), y creyeron que por la *inversión* constante, todo cuanto estaba mal podía ser corregido y sanado. No se dieron cuenta de que una condición importante debía preceder esta inversión, es decir, que “los mortales sean instruidos en lo espiritual” (Misc. 60:32). Únicamente por medio de una comprensión acerca de lo que las ideas son, es posible definir su falsificación, pudiendo así establecerlas nuevamente. Por ello la Sra. Eddy añade: “La educación del futuro será la instrucción en Ciencia espiritual, opuesta a las ciencias materiales simbólicas falsificadas” (Misc. 61:4). A menos que la conciencia sea instruida en la Ciencia de las ideas divinas, la regla de la inversión será erróneamente aplicada, y las creencias materiales se considerarán como el punto de partida desde el cual inferir las ideas correspondientes. La verdadera regla de inversión comienza desde Dios, el Ser divino, y sus ideas, e invierte todas aquellas deducciones que han sido incorrectamente hechas desde esta premisa. En el artículo “Rectificaciones” (Un. 20:1), encontramos una explicación simple para esto: “¿Cómo es que un error ha de ser corregido? Por inversión o revisión, —al mirarlo en su propia luz, para luego invertirlo o para apartarse de él”. Por ello, primero “ver [el error] en su propia luz”—Dios sólo conoce Sus propias ideas—y únicamente después de eso, “invertirlo” o “apartarse de él”. Toda idea verdadera corrige su falsificación específica. “Deshacemos las declaraciones del error, al invertirlas”. Como ejemplo general de la regla de inversión, este artículo continúa: “Por medio de estas tres declaraciones o declaraciones erróneas, el mal se atribuye autoridad: 1) El Señor creó el mal. 2) El Señor lo conoce. 3) Yo le tengo miedo. Por el proceso de inversión del argumento, el mal debe ser destronado: 1) Dios jamás creó el mal. 2) Él no lo conoce. 3) Por ello es que no necesitamos tenerle miedo”. Se comienza con el reconocimiento de que Dios no creó tal cosa como el miedo, que Dios no

conoce el miedo, y que por ello el hombre no necesita tener miedo; entonces el perfecto Amor echa fuera el temor.

Lo inadecuado de razonar desde un punto de vista material para arribar a la idea correcta, correctiva y sanadora, es captado de inmediato cuando uno considera cuán difícil es *diagnosticar* un caso correctamente. Sabemos cuán difícil es, incluso para un doctor o especialista, hacer un diagnóstico confiable, y cuán a menudo se puede estar equivocado. Incluso es más desalentador para el paciente, así como para el practicante de la Ciencia Cristiana, elegir y definir el diagnóstico correcto de entre la enorme lista de más de 2,000 enfermedades conocidas por la ciencia médica. Los síntomas pueden ser más que engañosos. En realidad ni el practicante de la Ciencia Cristiana ni el médico pueden confiar en sus diagnósticos acerca del paciente. En todo caso, el primero no debiera hacerlo, pues su base es totalmente distinta.

Incluso si pudiera hacerse un diagnóstico confiable de una enfermedad, nada se lograría con ello. La Ciencia Cristiana enseña que toda enfermedad, que toda desarmonía, es el efecto de una causa mental. Sanar el efecto (el cuerpo), sin sanar la causa (la mente mortal, la psique), no es una verdadera curación; el cuerpo puede ser sanado temporalmente, pero el hombre, no está sanado. La misma u otra enfermedad, pudiera surgir de nuevo; ésa es la razón del incremento de casos crónicos. Así se hace evidente lo inadecuado de razonar a partir del órgano enfermo o desde la enfermedad, y tratar de sanarlos con la idea que sugiere dicho órgano o enfermedad.

El objetivo de la Ciencia Cristiana es básicamente la curación espiritual, y no la curación física; aunque debiera ser reconocido que la curación espiritual también trae curación física. Para alcanzar la curación espiritual, se necesita de una base superior y más científica—la cura por medio de ideas divinas.

Si el tratamiento está basado en el diagnóstico material, y en muchos casos tal diagnóstico pudiera estar equivocado, entonces tal curación—si la hubiera—tiene que ser designada como curación física donde la causa mental de la enfermedad no ha sido adecuadamente analizada ni verdaderamente corregida. Esto muestra que una curación física no dice nada acerca de la cualidad de la curación. Tan sólo prueba un cambio en la creencia humana que puede manifestarse como un cambio en la condición corpórea. El mago cura por medio de poder mágico, a pacientes que todavía son receptivos a las creencias mágicas; los psicoterapeutas curan con psicoterapia, a pacientes que son psíquicamente moldeables; los médicos curan al paciente promedio con una de las más de 30,000 medicinas que se conocen actualmente en el mercado, o simplemente con un placebo.

Si adicionalmente a todo esto, uno no es capaz de identificar la idea acerca de la cual un órgano o enfermedad es el concepto falso, esto equivale nada más a creer que tal idea existe. Creer en ideas difiere mucho del comprenderlas. La Sra. Eddy estaba muy preocupada acerca de la situación en general en la época de las enseñanzas de Kimball, pero se abstuvo de intervenir abiertamente. Ella ya había visto mucho antes un peligro acechando la curación por fe, que puede cegar al estudiante para que incluso no se haga consciente que requiere buscar los fundamentos científicos de la curación por la Mente. En su artículo “Cura por Fe” (véase Ret. pág. 54–55), ella deja en claro que las curas por fe en ocasiones son más rápidas que las curas por la Ciencia Cristiana, porque es más fácil creer que comprender. “La creencia es prácticamente ceguera cuando admite la Verdad sin comprenderla... Hay peligro en este estado mental llamado creencia, porque si la Verdad es admitida, pero no

comprendida, puede perderse, y el error puede entrar a través de este mismo conducto de creencia ignorante. La cura por fe tiene devotos seguidores, cuya práctica Cristiana está bastante más avanzada que su teoría” (Ret. 54:15–21).

Consciente del peligro de que su descubrimiento pudiera perderse otra vez, y tan sólo a unos cuantos días de que abandonara la escena humana, la Sra. Eddy dictó el artículo “El Principio y la Práctica”⁴⁰ como una última advertencia. Ahí ella declara el problema en palabras inequívocas, de que la Ciencia Cristiana descansa en la comprensión y no en la creencia; en un Principio fijo y no en conjeturas mortales. La mente mortal es propensa a recibir la Ciencia Cristiana por medio de la creencia, sin estar consciente de ella. Los Científicos de fe declaran que ‘Dios es todo’, lo cual resulta tanto en que la enfermedad sea sanada por su fe o en que dicho tratamiento no tenga efecto alguno. En lugar de fe en el Principio divino, el practicante debe tener una comprensión de la operación del Principio divino y su aplicación, pues a menos que la fe humana sea diferenciada de la curación científica, la Ciencia Cristiana se volverá a perder de la práctica de la religión”.

En una clase que enseñara la Sra. Eddy, un estudiante (M. N.), tomó el siguiente apunte: “La diferencia entre Ciencia y curación por fe: la una hace que el sanado conozca a Dios; la otra simplemente sana lo físico. La curación por fe no es verdadera curación, de lo contrario el paciente estaría con Dios. Así que no piensen que porque sanaron, ya son Científicos Cristianos; tal como la medicina sana lo relacionado con los sentidos, lo mismo hace el error” (Ess. Coll. pág. 190). El peligro en la curación es que el interés esté demasiado centrado en la curación física, la armonía física, en la demostración de un organismo saludable, y no lo suficiente en la demostración de la Vida, la Verdad y el Amor, la armonía espiritual—en la curación a través de ideas divinas al demostrar el origen divino. De acuerdo a los apuntes tomados por otro estudiante, la Sra. Eddy dijo en una ocasión: “Estoy asombrada de cuán poca curación se hace en la Ciencia Cristiana. Básicamente la mayor parte es curación por fe” (Ess. Coll. pág. 198).

En la última década de su vida, la Sra. Eddy canalizó cada vez más sus energías hacia la comprensión y declaración de la *naturaleza científica* de su propio descubrimiento. Mientras que en un principio sus esfuerzos consistieron en la espiritualización del pensamiento de sus estudiantes, ella ahora veía la necesidad de enlazarlos con el espíritu de la Ciencia. Ella misma experimentó este desarrollo. En 1903 declaró: “Cuando llegué por vez primera a la Ciencia Cristiana, fui elevada justo fuera de las creencias de enfermedad hacia la creencia de la salud perfecta; desde entonces estoy trabajando fuera de esa creencia en la salud hacia la Ciencia de la salud, y hubiera sido más sencillo si jamás hubiera estado en dicha creencia... hubiera sido más sencillo haber comenzado con lo primero, en lugar de haber tenido que desaprender y aprender todo de nuevo” (Ess. Coll. pág. 15). Ahora toda su intención estaba en establecer inequívocamente la Ciencia de la curación espiritual, la Ciencia de la armonía espiritual; la curación de la ignorancia y el pecado se convirtió en el problema fundamental. Así, la Ciencia Cristiana fue vista como una práctica profiláctica, y la curación de la enfermedad física se volvió secundaria. En 1903 ella observó: “Resultó sencillo curar la enfermedad—fácil, un hombre todo cortado en pedazos. Pero ahora estamos enfrentando el pecado” (Ess. Coll. pág. 13). A pesar de que con su sentido espiritual nato ella

⁴⁰ Publicado en el *Sentinel de la Ciencia Cristiana*, Septiembre 1, 1917.

era una sanadora natural, sintió la necesidad de enlazar este sentido espiritual a un sentido científico espiritual. Una de sus observaciones inequívocas, fue: “Acostumbraba sanar con una palabra... Tal como un bebé, ignoraba cómo se hacía; sólo sabía que en cada ocasión, se sanaba. Jamás fracasé; por lo regular daba un solo tratamiento; jamás más de tres. Ahora Dios me está mostrando el cómo, y yo se los estoy mostrando a ustedes” (Ess. Coll. pág. 19). Esto fue en 1904; pero en 1910, sólo seis meses antes que nos dejara, dijo: “Siento que realmente apenas estoy comenzando a entender ‘Ciencia y Salud’” (Misc.Doc. pág. 141).

Al final de su vida, más de 40 años después de la revelación de la Verdad divina y sus demostraciones en curaciones instantáneas y duraderas, el influjo divino del Espíritu fue comprendido por ella como la Ciencia del Espíritu. Por lo tanto resultaba natural que sus estudiantes estuvieran bastante más atrasados que ella en comprensión. Pero a medida que la Sra. Eddy fue guiada paso a paso por la idea-Cristo en forma impecable, ella pudo confiar que esta misma idea-Cristo también estaría en acción en el futuro, cuando humanamente ella ya no pudiera estar más con nosotros—su confianza estaba justificada.

Por cierto, las distintas preguntas que surgieron en las discusiones relacionadas con la enseñanza de Kimball, fueron preguntas no consideradas en el Libro de Texto. La razón es que no se trataba de preguntas verdaderas. No siempre resulta sencillo plantear una pregunta correcta. El Libro de Texto no contempla si un órgano es la falsificación de un órgano espiritual, o la falsificación de la idea espiritual de un órgano; tampoco da indicación alguna en cuanto a la idea acerca de la cual un órgano o enfermedad sea la falsificación. Hoy en día uno se pregunta, con toda razón, por qué en ese tiempo no se obedeció el Libro de Texto de la Ciencia Cristiana. Visto retrospectivamente, uno puede claramente ver que el tiempo no estaba maduro para comprender el método científico de la curación contenido en el propio Libro de Texto. Aun así la idea-Cristo empujó hacia adelante. En las décadas subsecuentes, la Ciencia presentada en el Libro de Texto, y por consiguiente, el método científico de curación, se hicieron más comprensibles, y el Libro de Texto permanece con nosotros como un maestro impersonal. Finalmente las diversas interpretaciones y el énfasis unilateral dieron pie a la investigación del Libro de Texto que integró todos los aspectos para que el estudiante pudiera captar la Ciencia completa revelada en él. De esa manera es que tuvo lugar un avance decisivo en la comprensión científica de la curación divina.

5. Curando por medio de ‘la unicidad del Ser’

La segunda década del siglo trajo otro cambio importante. Kimball iba a tener que dar la Clase Normal en 1910, pero antes falleció. La Sra. Eddy eligió en su lugar, a un estudiante de Kimball, Bicknell Young. Unos cuantos días que la clase comenzara, también la Sra. Eddy partió. Entre aquéllos que asistieron a la clase, estaba John W. Doorly (originario de Inglaterra). La enseñanza estuvo de acuerdo con la línea de pensamiento de Kimball. Hablando acerca del nuevo desarrollo, Doorly dijo: “En 1915, dando una clase, leí la siguiente declaración en *Ciencia y Salud* ‘El Principio y su idea es uno, y este uno es Dios, el Ser omnipotente, omnisciente y omnipresente; y Su reflejo es el hombre y el universo’ (pág. 465:20–1); entonces me dije, ‘Santo cielo, hay un solo Ser, y ése es el único Ser que existe’. Fíjense, yo había estado enseñando como maestro [de la Ciencia Cristiana], pero

jamás había escuchado con anterioridad, que tan sólo había un solo Ser; y que ese Ser era el único Ser que había, y que nosotros éramos el reflejo incluido en dicho Ser. Seis meses después vi al maravilloso hombre que me había instruido en Clase Normal y le dije: ‘Hay un solo Ser, y ése es el único Ser que hay’. Me dijo, ‘¿De dónde sacaste eso?’ Le dije que del Libro de Texto, y le pregunté, ‘¿Por qué no lo dijiste en ese momento?’ Con su maravillosa sonrisa me respondió: ‘¿Por qué?’ La verdad es que en ese instante el Movimiento en general no lo sabía; no sabían que ese Ser era uno. Pero el hecho comenzó desplegarse en nuestro Movimiento y creció poco a poco, y el mismo hombre extraordinario que me enseñó en 1910 impartió la última Clase Normal (en 1937), y la enseñó totalmente sobre la base de que el Ser es uno”⁴¹

De esa manera Young se convirtió en el exponente de esta comprensión nueva de “la unicidad del Ser” y causó un fuerte impacto sobre el movimiento de la Ciencia Cristiana. La preocupación principal ya no estaba sobre las ideas acerca de las cuales la materia es una mentira, ni sobre la relación entre las ideas y las creencias mortales. Toda la atención descansaba ahora en el hecho de que hay una sola Mente, y que esta única Mente es Todo-en-todo, y por lo tanto, la materia es nada. Consiguientemente la materia tuvo que ser explicada desde el Espíritu, es decir, desde dentro del Ser único. Puesto que el Ser es el Ser Total, el error no puede ni siquiera existir fuera de este Ser único. Sólo unos cuantos años antes, Kimball había escrito en un manuscrito que “el error existe fuera del reino Infinito del Bien”, y la Sra. Eddy lo corrigió: “De hecho ni siquiera existe”.⁴² El conocimiento de la nada del mal estaba ya enfatizado; particularmente enfatizado el que el mal no sólo era una falsificación, sino una falsificación del bien, y como tal, nada. Ahora la definición de la Sra. Eddy en cuanto al mal comenzó a valorarse: “El mal no tiene realidad. No es persona, lugar ni cosa, sino tan solo una creencia, una ilusión del sentido material” (C&S 71:2). Las diversas formas del mal y el error, tales como el pecado, la enfermedad, la muerte y la limitación, fueron consideradas falsificaciones de lo real y de lo verdadero, pero hasta ese momento aún se consideraba que existían fuera de lo real y de lo verdadero—no como ahora, que son consideradas verdaderamente inexistentes.

Pero si el Espíritu y el universo espiritual es Todo, y si fuera del reino del Espíritu no hay otro reino, ¿cómo podría explicarse el conocimiento de un universo material? La respuesta es: Puesto que hay sólo un *único* Ser, entonces existe sólo una *única* creación, sólo un *único* universo, y éste *único* es espiritual. De hecho el universo material no existe; tan solo es un ‘llamado’ universo, y Young enseñó que “el llamado universo material es la creación divina percibida tenuemente e incorrectamente interpretada”.⁴³ El universo y la creación materiales, ya no fueron más considerados como una creación errónea—como si de alguna manera existieran cerca de lo espiritual—sino considerados simplemente como una interpretación equivocada del mismo. El universo material es una concepción errónea del universo espiritual; el universo espiritual, cuando se interpreta equivocadamente, es visto como un universo material. El razonamiento se enfocaba ahora en los conceptos “comprensión errónea” e “interpretación equivocada”. Existe una *única* creación; si esta *única* creación es correctamente comprendida, tendremos una creación espiritual; pero si esta

⁴¹ De John W. Doorly, *Reporte Detallado de la Reunión de Asociación de 1938*.

⁴² *Ensayos en Ciencia Cristiana, atribuidos a Mary Baker Eddy*, publicados por Gilbert C. Carpenter, CSB (1934), pág. 20.

⁴³ De Charles S. Braden, *Christian Science Today [Ciencia Cristiana Actual]* (London: George Allen & Unwin Ltd., 1958) pág. 331.

misma creación es entendida erróneamente, la llamaremos creación material. La creación espiritual y la creación material son tan sólo una interpretación correcta y otra equivocada, de *lo* único, de *la* creación única.

¿Por qué lo espiritual es la interpretación correcta? El Libro de Texto da la respuesta: “El Principio divino del universo tiene que interpretar al universo” (C&S 272:31). Un importante cambio de enfoque había ocurrido; en lugar de tratar de razonar desde las creencias materiales para llegar a la idea correcta, se hizo evidente la necesidad de razonar desde el Principio para arribar a la idea correcta.

¿Hasta dónde afecta esto la creencia material? La Sra. Eddy había dado la respuesta años atrás en su trascendente artículo “Una Causa y Un Efecto”, en donde expone dos cortas y contundentes explicaciones. Primero, “La Ciencia Cristiana interpreta la Mente, Dios, a los mortales” (Misc. 22:10). El punto de partida ahora es la Mente, el Principio divino que Se interpreta y revela a Sí Mismo, para el pensamiento humano. De esa manera, la verdadera interpretación del universo es impartida al hombre, y con ello somete a la interpretación falsa. Como la interpretación falsa constituye la creencia en un universo material, la imagen de un universo material tiene que someterse ante la verdadera interpretación. De ahí la segunda declaración, “La Ciencia, comprendida, traduce la materia en Mente” (Misc. 25:12). De esta manera la interpretación verdadera, partiendo del Principio, disuelve la creencia material. La verdadera interpretación disuelve la interpretación errónea; una comprensión del Espíritu es lo que soluciona la creencia material.

La pregunta, “¿De dónde viene el mal?”, no es una pregunta correcta; es errónea *per se*. Cada pregunta correcta tiene que comenzar *desde* Dios, la Verdad, donde la pregunta del origen del error no surge jamás, y consecuentemente, carece de respuesta. Como Dios es el origen único—la Verdad única que no incluye error alguno—la interpretación verdadera llega a nosotros y remplace la pregunta errónea. Ésta es la respuesta a una pregunta errónea, y en esta forma todo error es corregido desde dentro de la Verdad.

El llamado universo material pareciera existir sólo en la creencia; no es tanto una creación falsa, sino una comprensión equivocada de la verdadera creación; una concepción falsa del bien. Las creencias no crearon un universo, sino que velaron u oscurecieron la creación única y verdadera. En la niebla, todo parece distorsionado y fantasmal, aunque nada jamás cambia en verdad, sino que mantiene su identidad. A la pregunta: “¿Qué es la materia?”, Young respondió: “Un concepto perecedero de lo imperecedero”.⁴⁴

Todo es cuestión de la interpretación del Uno infinito. La curación tiene que estar basada en una interpretación verdadera de la creación única. La enfermedad no tiene que ser cambiada por salud; una interpretación errónea tiene que ser cambiada por una interpretación correcta. La verdadera interpretación o comprensión, parte desde Dios y permanece en Dios; parte desde la Mente, la cual Se revela a Sí Misma como la única Mente y presenta su propia identidad. Ahora puede apreciarse la trascendente declaración de la Sra. Eddy: “La Mente infinita no sabe nada más allá de Sí Misma” (Misc. 367:19), así como su declaración de que la distinción entre lo que es cierto y aquello que no lo es, “tiene que ser hecha por la Mente y como Mente” (Misc. 257:6) —la mente humana no es capaz de llevar a cabo tal distinción. La Mente sólo se conoce a Sí Misma, por medio de Sí Misma, como Sí Misma, y para la gloria de Sí Misma. Ésta es la concientización de Sí Misma de la Mente, la cual continúa

⁴⁴ Carta al Sr. L. Sinton. C.S.B. (1937).

eternamente. La Mente siempre permanece dentro de Sí Misma y no hay algo así como “afuera”. Esto conforma la unicidad del Ser.

Consecuentemente, el hombre no puede estar *fuera* de Dios, ni puede Dios estar *en* el hombre—el Principio jamás puede estar *en* Su idea. Como el hombre es la idea infinita de Dios, el hombre no puede estar “en” Dios, sino que tiene que ser entendido como lo que Young llamara “el ser de Dios”. Así el concepto del hombre se expande en forma tal, que ahora el hombre es definido como la conciencia de Dios de Sí Mismo, con lo cual Dios es reconocido como siendo la única Mente del hombre.

Este conocimiento expandido se convirtió en la base del nuevo método de curación de Young. El énfasis contundente del reconocimiento de que hay una sola Mente y que esta Mente es la única Mente del hombre, llevó al pensamiento a excluir, completamente, la mente humana como factor para la curación, y a someterse a la curación por la Mente. En tanto que los métodos anteriores, especialmente el de la argumentación, todavía se basaban en la mente del practicante, y trataban de corregir tanto la mente del paciente como la del practicante, el método nuevo consideraba únicamente a la Mente divina. La práctica de la Mente divina no incluía dentro de su tratamiento, ni la mente del paciente ni la mente del practicante. Young enseñó: “Todo cuanto está aconteciendo es la Mente pura—mi Mente”⁴⁵—nótese que por “mi Mente” él quería decir, la Mente divina.

La nueva práctica estaba basada en la comprensión de que el hombre tiene esa Mente que estuvo también en Cristo Jesús; que por lo tanto, él es uno con esa Mente divina y no reconoce ninguna otra mente. En esta Mente-Cristo, la conciencia es universal e indivisible. Ya no surgía más la pregunta acerca del poder del pensamiento ni de la transferencia del pensamiento.

En tanto que en un principio se decía: “Sana a tu paciente”, y más tarde: “Médico, sánate a ti mismo”, ahora era reconocido que tanto la creencia de un paciente como la creencia de un practicante, tenían que ser abandonadas y reconocida sólo la auto manifestación de la única Mente divina. El tratamiento se volvió completamente impersonal, es decir, libre de personas. ¿No era esto lo que quiso decir la Sra. Eddy, al preguntársele cómo sanaba un caso instantáneamente? Ella respondió: “Tan solo me quito del camino de Dios” (Ess. Coll. pág. 258).

El pensamiento se somete a la Mente-Cristo y sólo esta Mente sana. Esta Mente es el único Ser y por medio de la Mente divina, el practicante es uno con el ser perfecto: “El Científico Cristiano está a solas con su propio ser y con la realidad de las cosas” (’01 20:9), es una de las declaraciones citadas a menudo por Young. Sobre este conocimiento, Young formuló su método de tratamiento: “¡Sé; y siendo, sana al enfermo!”⁴⁶ EL hombre, como “el ser-Dios”, sana.

Habiendo captado el hecho de que Dios y el hombre es uno, Young puso su atención en la declaración de que “Tan solo hay un único Yo o Nosotros” (C&S 588:11). El divino “Yo Soy” fue comprendido como “el Ego único” (C&S 588:22). El hombre no tiene otro ego ni reconoce otro ego, sino ese Ego que es Dios. Así, “el Ego y el Padre son inseparables” (C&S 70:10). El hombre conoce que su “Yo” verdadero y Dios, es uno, y este “Yo” es total.

⁴⁵ De Charles S. Braden, *Christian Science Today* [*Ciencia Cristiana Actual*] (London: George Allen & Unwin Ltd., 1958), pág. 351.

⁴⁶ De Margaret Laird, *Christian Science Re-Explored* [*Re-exploración de la Ciencia Cristiana*] (Los Angeles: The Margaret Laird Foundation, 1965), pág. 110.

Por lo tanto el tratamiento no consiste en sanar la enfermedad ni en mejorar lo mortal; más bien está ocupado en comprender que no hay nada para ser sanado. De esta manera se arribó a la conclusión: “La Ciencia no cura al hombre, sino lo revela sanado (Completo, Pleno)”.⁴⁷ La curación es el descubrimiento de la divinidad del hombre, el descubrimiento de que no hay nada para ser sanado.

Indudablemente que el reconocimiento de la unicidad del Ser fue un gran paso hacia adelante, pero ¿era esto una cúspide insuperable? La naturaleza del Principio divino para interpretarse continuamente a Sí Mismo a la comprensión humana, es una forma que está siempre en expansión y en ascensión. Algunas preguntas fundamentales permanecían sin respuesta. ¿Cuáles eran?

Todas las manifestaciones son las manifestaciones del Uno infinito; este Uno las incluye todas; por lo tanto todas las manifestaciones tienen que ser buenas; aquello que nosotros designamos humanamente como mal, tiene de hecho que ser el bien que ha sido mal entendido; o en los términos de la escuela de Young: el mal no es mal, la muerte no es muerte, la carencia no es carencia, etc. La pregunta es: ¿Qué o quién nos dice inequívocamente lo que es malo, y que lo que se interpreta correctamente, debiera ser entendido como no siendo malo? ¿Quién o qué nos dice cuáles son las manifestaciones de Dios, y cuáles son las interpretaciones erróneas humanas? Reducido a un común denominador, la pregunta es: “¿Cómo se distinguen las ideas verdaderas de las ilusiones?” (C&S 88:9). Al afirmar que las ideas son las emanaciones de la Mente divina, tan sólo tiene que ser explicado desde dónde proceden; y no cómo es que pueden ser identificadas como ideas. La escuela de Young jamás llegó tan lejos en la investigación de esta pregunta súper importante.

Puesto que “el Principio divino del universo tiene que interpretar al universo” (C&S 272:31), y puesto que el Principio Se expresa a Sí Mismo sólo por medio de ideas, se vuelve necesario el entender lo que puede ser definido como ideas; de otra manera no es posible diferenciar entre el universo verdadero y la interpretación falsa del universo. Si las ideas de Dios no son investigadas, no es posible distinguir entre las ideas y las ilusiones, y ahí está el peligro de considerar las ideas como ilusiones y viceversa; de considerar lo verdadero como falso e invertir la verdad. No se trataba de trabajar con conceptos comúnmente aceptados acerca de lo que las ideas tenían que ser, porque esto no era comprensión, sino que permanecía como creencia. Esto demostraba que todavía había sólo creencia o fe en la unicidad del Ser.

El razonamiento se encontraba entonces demasiado lejos del problema; la carencia fue corregida diciendo que no había carencia. ¿Quién o qué podría decir, en forma confiable, que el problema era realmente carencia? ¿Podría haber sido que algo fuera experimentado como carencia, cuando en realidad el problema de fondo era totalmente distinto, y por lo tanto tenía que ser tratado de manera diferente?

El hombre cuenta con la Mente-Cristo. Esto es un hecho absoluto e indiscutible. Pero, ¿cómo despiertan los mortales a este punto? ¿Cuál es la vía? La escuela Young respondió que no tenía verdadera importancia el cómo el practicante llegara a este punto, “por lo que podía incluir en su tratamiento cualquier cosa que pareciera capacitarlo para llegar más

⁴⁷ Ibid., p. 212

rápidamente a su objetivo”.⁴⁸ Esto dejó la puerta abierta a las creencias, al sentimentalismo y al misticismo. Mas nosotros tenemos que luchar para ver que la Ciencia no sólo es el objetivo, sino también para ver que el camino a ella, tiene que ser científico.

Así se evidenció que esta “unicidad del Ser” era una unicidad que todavía no había alcanzado el nivel de una unicidad científicamente comprendida. También la frase “unicidad es Ciencia” no podía engañarnos acerca del estado verdadero de las cosas, porque cuando no es entendida en su estructura, la unicidad sólo significará una unicidad amorfa e indefinida, es decir, sin sus clasificaciones y categorías, sin su sistema, sin leyes y órdenes fijos. Esto requiere que las ideas de Dios sean comprendidas; y sólo entonces que es la Ciencia de la unicidad puede ser espiritualmente captada.

6. Curando por medio de ‘la Ciencia del Ser’

En tanto que Young enfocaba su enseñanza en el nuevo entendimiento de que sólo hay un Ser *único*, y elaboraba su tema para las siguientes dos o tres décadas, Doorly se hacía nuevas preguntas. Anteriormente se dijo también que este gran punto de partida fue la declaración súper importante: “El Principio y su idea es uno, y este uno es Dios, el Ser omnipotente, omnisciente y omnipresente” (C&S 465:20), y sobre esta base, Doorly enseñó e investigó. También basó su enseñanza sobre la Totalidad del Espíritu y la nada de la materia; y enseñó que todo razonamiento tiene que ser desde Dios, y que ninguna conclusión debiera ser deducida desde las creencias, la materia, ni desde el problema.

¿Cómo puede razonarse desde Dios? El Libro de Texto dio la respuesta: “Razonando de causa a efecto en la Ciencia de la Mente, comenzamos con la Mente, la cual debe ser comprendida por medio de la idea que la expresa” (C&S 467:33). Con objeto de razonar correctamente en el reino de la unicidad del Ser, resulta indispensable comprender lo que son las ideas que caracterizan a Mente, Espíritu, Alma, Principio, Vida, Verdad y Amor; porque la Mente sólo puede ser comprendida por medio de las ideas que caracterizan a la Mente; el Espíritu, por medio de las ideas que caracterizan al Espíritu; el Alma, a través de las ideas que caracterizan al Alma, etc. ¿Cómo puede obtenerse tal entendimiento? Hasta ese entonces, tan sólo había un concepto vago de las ideas específicas que caracterizaban cada uno de estos sinónimos para Dios, basado por una parte en el sentimiento espiritual, y por la otra en el concepto tradicional acerca de lo que podía atribuirse a estos 7 sinónimos. Detrás de todo esto todavía había mucha conjetura; ni estos sinónimos ni sus ideas habían sido jamás analizados coherente y científicamente. Durante dos décadas esta comprensión cristalizó en la conciencia de Doorly, pero no fue sino hasta 1938–39 que se dio a la tarea, junto con un grupo de investigadores, de analizar profundamente los sinónimos para Dios desde el libro “Ciencia y Salud”. A través de una investigación consciente, enlazada con el sentido espiritual, se hizo cada vez más claro⁴⁹ el significado espiritual de Mente, Espíritu,

⁴⁸ De Charles S. Braden, *Christian Science Today*, [Ciencia Cristiana Actual] (London: George Allen & Unwin Ltd., 1958), pág. 352.

⁴⁹ Para un análisis de los 7 sinónimos para Dios, véase de: John W. Doorly, *The Pure Science of Christian Science* [La Ciencia Pura de la Ciencia Cristiana] (London: The Foundational Book Company for the John W. Doorly Trust, 1971); de Max Kappeler y co-autores, *Compendium for the Study of Christian Science No.4–10* [Recopilación para el Estudio de la Ciencia Cristiana No. 4–10] (Seattle: Kappeler Institute Publishing USA, 1951–53); de Peggy M. Brook y co-autores, *A Study of the Fundamentals of Christian Science* [Estudio para los Fundamentos de la Ciencia Cristiana] (London: The Foundational Book Company, 1949); de Max Kappeler, *The Seven Synonyms for God* [Los Siete Sinónimos para Dios] (Seattle: Kappeler Institute Publishing USA, 1984).

Alma, Principio, Vida, Verdad, Amor, así como de las respectivas ideas que los caracterizan.

De esa manera, un problema vital estaba cerca de hallar su solución científica: En la unicidad del Ser, el universo es interpretado desde el Principio divino; esto exige una comprensión del Principio, Dios. La Ciencia Cristiana define a Dios por medio de siete sinónimos,⁵⁰ y los sinónimos son “palabras que coinciden o casi coinciden en alguna parte de su significado, y por lo tanto pueden, dentro de ciertos límites, ser utilizadas en forma intercambiable, en tanto que fuera de dichos límites pueden diferir considerablemente en significado y aplicación” (Diccionario Funk y Wagnalls). Así, los 7 sinónimos para Dios difieren dentro de ciertos límites, aunque todos ellos se “refieren a un Dios único y absoluto” (C&S 465:14).

Aquello que hace que difieran unos de los otros, son las ideas específicas que los caracterizan. Por lo tanto, estos sinónimos no son libremente intercambiables, sin alterar el significado de una declaración.

Consecuentemente, el desarrollo que había comenzado 50 años antes, halló sus primeros frutos. En 1888 cuando Martha Bogue estaba en la clase de la Sra. Eddy, hizo la siguiente anotación: “El tema de nuestra primera lectura fue ‘Dios’, y la Sra. Eddy insistía sólo en los abstractos sinónimos para Dios... Sobre la verdad de estos términos para Dios, descansa la base para la Ciencia; de hecho, ellos son la Ciencia... Cuando ella comenzó con la enseñanza, le resultaba imposible darles a los estudiantes dichos términos, y lo puso en forma que los comprendiéramos y aplicáramos; sólo pudo mencionarlos en el plano más bajo, el de la curación del enfermo. Casi todos los treinta de nosotros los comprendimos de inmediato, mostrando con ello el maravilloso avance que la Ciencia Cristiana estaba haciendo, así como la educación universal por medio de esta obra... Ella dijo que cuando comenzó a percibir la magnitud de lo infinito, no podía ver cómo es que Dios podía conocerse a Sí Mismo, pero que cuando vio que Él era Todo en todo, entonces supo que Él se conocía a Sí Mismo. Comentó que en ocasiones tenía que esperar sin poder avanzar, y entonces uno de los términos para Dios le llegaba y ya podía continuar; de esa manera supo que cada término le había sido dado a través de inspiración” (Misc. Doc. pág. 61–62). La constante revisión del texto de “Ciencia y Salud”, a partir de 1875, el cambio constante de los sinónimos para Dios, y especialmente su orden en la definición para Dios, muestran con claridad cómo es que la Sra. Eddy estuvo luchando por una comprensión e interpretación para Dios, más definidas; y sólo después de más de 30 años halló la respuesta final—en 1907.

Para la Sra. Eddy, toda esta cuestión no era una sutileza académica; por el contrario, era una necesidad primordial para la práctica. R. G., alumno de la Sra. Eddy, anotó: “La Sra. Eddy dijo que si verdaderamente hubiera conciencia acerca del significado de los sinónimos para Dios, esto sanaría todos los casos” (Ess. Coll. pág. 212). Actualmente los Científicos Cristianos se dan cuenta que no pueden estar satisfechos con el reconocimiento de que hay un solo Ser, sino que tienen que incursionar en la unicidad del Ser en su Ciencia. Pero la Ciencia demanda categorías de comprensión; una de las principales es la de los 7 sinónimos para Dios, porque todo comienza con la correcta comprensión de la naturaleza y esencia de Dios; “sobre la verdad de estos términos para Dios, descansa la base de la Ciencia” (Misc. Doc. pág. 61–62). Con el desenvolvimiento de la idea y su método superior de práctica, se vuelve ineludible el llevar a cabo un estudio serio y profundo de los 7 sinónimos para Dios.

⁵⁰ Véase S&H 465:10.

Ideas específicas caracterizan a cada uno de estos sinónimos y distingue a los unos de los otros, en su significado y aplicación.

Un estudio correcto de los sinónimos trae a luz los elementos del Ser, aunque no todavía, la Ciencia del Ser. Como las ideas constituyen el Ser, resulta inevitable una Ciencia de las ideas. Actualmente es posible comprender tal Ciencia, puesto que sus elementos, las ideas, estaban ya comprendidas como identidades claramente definidas. Las ideas de Dios no son hechos aislados; a través de la reflexión se relacionan unas con otras, y estas relaciones infinitas constituyen el sistema de la Ciencia. Las ideas actúan siempre dentro de un sistema infinito. Más tarde Doorly reconoció la importancia eminente de la oración que la Sra. Eddy había escrito en el Libro de Textos hacía 40 años, en 1891, en el nuevo capítulo, “la Ciencia, la Teología, la Medicina”: “La metafísica divina está ahora reducida a un sistema, a una forma comprensible y adaptada al pensamiento de la época en la cual vivimos” (C&S 146:33). La pregunta actual era: ¿Qué es el sistema? El sistema descansa en la ley y el orden. ¿Qué son éstos? ¿Cuáles son las leyes y órdenes generales fundamentales del Ser? Paso a paso, la revelación respondió toda pregunta abierta en relación a la naturaleza científica del Ser único y condujo el entendimiento al punto donde “el pensamiento acepta el divino cálculo infinito” (C&S 520:15). Las compuertas de la Ciencia fueron abiertas; la afluencia de nuevas comprensiones hacia la estructura científica del Ser se vertió en magnitud inesperada. El propósito de este libro no incluye la presentación de una declaración completa de la nueva visión que se abrió. Se remite al lector hacia la abundante literatura que ya existe sobre este tema.

Tan pronto como un tema es captado en su naturaleza científica, se abre un reino inmenso desde el cual fluye nueva comprensión en forma continua. Temer que un entendimiento constantemente expandido del infinito cálculo divino, basado en un sistema de ideas, pudiera sólo atraer y satisfacer el intelecto, carece de base, porque: “este sistema capacita al estudiante para demostrar el Principio divino, sobre el cual se basaba la obra de curación de Jesús, así como las leyes sagradas para su aplicación actual a la curación de la enfermedad” (C&S 147:1). También el siguiente punto fundamental no debiera ser pasado por alto: El desarrollo de la curación mental ha mostrado claramente que todo método mental puede manifestar ciertos resultados, siempre que el paciente esté mentalmente, en el mismo nivel; el paciente sensible a la magia puede ser sanado a través de la magia; el paciente físicamente receptivo puede ser sanado a través del mesmerismo y el magnetismo; el de mentalidad débil puede ser sanado por medio del argumento, por una fuerte mentalidad benevolente; el creyente religioso experimenta la curación por fe. ¿Pero cuál es el estado de pensamiento de esta época, comparado con aquél del siglo pasado? El occidente se ha liberado en gran medida, de la magia, lo místico, de la simple creencia y la fe ciega, y ha sido educado en una atmósfera científica. Tal mentalidad, predominantemente moldeada por la ciencia natural, sólo puede ser tocada y verdaderamente sanada por la Ciencia de las ideas, y ya no más por otros métodos mentales como era posible todavía a mediados del siglo XX. La Ciencia de las ideas resuelve las ilusiones de la era materialmente científica; se convierte en el Salvador, el Cristo—por lo tanto, en la Ciencia del Cristo o Ciencia Cristiana.

a) *CURANDO POR MEDIO DE LA CIENCIA CRISTIANA*

La base del tratamiento. El tratamiento está basado sobre la comprensión de la totalidad de Dios, el bien, y la nada del mal. Dios no incluye nada que sea desemejante al bien más elevado. Todo cuanto es desemejante a Dios carece de realidad; es tan solo una ilusión del sentido mortal, una interpretación errónea de las ideas del ser. Esta totalidad puede ser comprendida por medio de los 7 sinónimos para Dios y sus ideas, como identidades definidas del ser. La Ciencia explica el orden y el sistema de estos sinónimos y de sus ideas. De esta manera la conciencia del practicista se familiariza, en forma inteligente, con el divino cálculo infinito del ser, para que por medio del sentido espiritual científico, el practicista sea uno con el Ser. El ser espiritualmente científico, es curación.

Dicha comprensión científica no sólo está convencida de la nada del mal, sino que también explica la razón de ello. De esta manera queda satisfecha la exigencia de la Sra. Eddy: “Tenéis que descubrir que el error es *nada*; entonces, y sólo entonces, lo domináis en la Ciencia” (Misc. 334:17). Únicamente por medio de un entendimiento de cada sinónimo para Dios y de sus ideas, pueden también ser comprendidas sus falsificaciones o ilusiones. El error sólo puede ser definido como error desde el punto de vista de la Verdad. Por ejemplo, la carencia sólo se considera “carencia” por el hecho de que alguna situación sea experimentada como tal, entonces es que puede ser corregida por la abundancia. Ahora bien, sólo aquello que está siendo analizado como carencia, es lo que está siendo descubierto como carencia, por medio de la totalidad de la Vida, ya sea que el sentido humano esté consciente de ello o no.

De esta manera se encuentra que el método del diagnóstico divino es la lectura por la Mente. Puesto que toda enfermedad es el efecto de una causa mental—una creencia, una ilusión—un caso no podrá ser sanado científicamente, a menos que la causa mental sea correctamente diagnosticada. La causa mental permanece oculta para el médico, quien por lo regular actúa completamente desde un concepto fisiológico, y sólo trata con síntomas corpóreos. El psicoterapeuta analiza el caso desde el estándar de la “psique normal”, estándar que es verdaderamente humano, mutable, cuestionable y sin valores absolutos. Tal diagnóstico, para descubrir la causa predisponente y “excitante”, no basta para trazar el efecto hacia la causa. Por ello es que Doorly enfatiza la importancia del diagnóstico divino: la lectura por la Mente. ¿Qué es la lectura por la Mente? Es “la revelación del propósito divino por medio de la comprensión espiritual, gracias a la cual el hombre alcanza el Principio divino y la explicación de todas las cosas” (C&S 83:29). Es importante observar que la lectura por la Mente no lee los pensamientos y creencias humanas. El Principio del Ser sólo conoce el universo de las ideas. La lectura por la Mente inmortal de ninguna manera está conectada con el error, sino que es “un paso hacia la Ciencia de la Mente, por medio de la cual discernimos la naturaleza y existencia del hombre (C&S 84:24). Con la Mente divina únicamente podemos leer la verdad y “podemos conocer la verdad con mayor precisión de lo que el astrónomo puede leer las estrellas o calcular un eclipse. Esta lectura por la Mente es lo opuesto a la clarividencia” (C&S 84:35). Pero, ¿cómo se relaciona este método de lectura por la Mente divina con el descubrimiento de las creencias humanas? Esta lectura por la Mente “es la iluminación del entendimiento espiritual, la cual demuestra las capacidades del Alma... Este sentido del Alma llega a la mente humana cuando ésta última se somete a la Mente divina” (C&S 82:3). Cuando la verdad del Ser alborea en nuestro entendimiento, la

mentira particular acerca de una verdad es descubierta por medio de las leyes de los opuestos, y se vuelve posible el que adicionalmente podamos *nosotros* leer las mentes mortales. Este es el diagnóstico científico que la Ciencia Cristiana exige. “Alcanzaréis la Ciencia perfecta de la curación cuando seáis capaces de leer la mente humana de esta manera y discernir el error a destruir” (C&S 85:9). En primer lugar, el practicante científico para nada está preocupado con el caso, sino que eleva su conciencia a la comprensión de Dios, y deja que la Mente divina revele la idea correcta que contrarreste el caso en particular. Desde este enfoque, podemos entonces seguir la norma de la Sra. Eddy: “Conoce aquello que en tu propia mentalidad es desemejante ‘al ungido’, y échalo fuera; entonces percibirás en la mente de tu paciente, el error que enferma su cuerpo” (Misc. 355:23). Sólo de esta manera es posible llegar a la raíz del error, y la causa oculta, inconsciente y subconsciente, podrá ser traída a la superficie. Este método va más allá del psicoanálisis y la psicoterapia.

Al tratar los casos, los practicistas no pueden depender de diagnósticos médicos (que parten de condiciones corpóreas), ni de sus pacientes (quienes están confundidos con el error mental y desconocen los hechos), ni del conocimiento psicológico. Ni siquiera pueden recurrir a casos anteriores similares, porque lo infinito jamás se repite a sí mismo, y por ello ningún caso es igual a otro. Para los Científicos Cristianos, cada caso es completamente nuevo, y tan sólo podemos volvernos en cada ocasión, a la Mente divina, como aquello que revela o diagnostica. Por consiguiente, uno puede comprender la razón por la que Dooryly puso tanto énfasis en la declaración de la Sra. Eddy: “A menudo se pregunta la razón por la que la Ciencia Cristiana me fue revelada como una inteligencia que analiza, descubre y aniquila el falso testimonio de los sentidos físicos” (Ret. 30:12). La Mente divina es la única inteligencia hacia la que podemos volvernos, y esta Mente sana el error a través de tres etapas (1) análisis, (2) descubrimiento y (3) aniquilación del error. Esta Mente que todo lo sabe y todo lo abarca, penetra la niebla de la mente mortal como Verdad infinita; penetra lo inconsciente y lo subconsciente; penetra el pensamiento mágico y mitológico de las creencias individuales, colectivas, universales y cósmicas.

Por medio de esta inteligencia única de la Mente divina, el error específico de cada caso es expuesto. Si se comete algún error en un cálculo, éste puede ser corregido sólo a través de la verdad específica, no a través de cualquier verdad. El cálculo de $2 \times 2 = 5$ no puede ser corregido con la verdad de que $3 \times 3 = 9$. “Para sanar alguna enfermedad, se requiere del hecho específico opuesto” (C&S 233:28). La tendencia a resolver todos los problemas con la misma declaración de verdad, no es igual a la naturaleza verdadera de una práctica científica cristiana.

En un concierto, ¿por qué es que una persona puede detectar y especificar una discordancia, en tanto que otra no puede? Se debe a que dicha persona tiene una comprensión musical cultivada, y la otra no la tiene. Por medio de la ley de identidad es que ahí hay una consonancia subjetiva-objetiva de comprensión y del tono musical; tan pronto como esta identidad es interrumpida en un momento específico, es reconocida como disonancia por el entendimiento musical. También esto es cierto en cuanto a la armonía del ser. El entendimiento espiritual reconoce toda carencia de consonancia entre el hombre y la Mente divina, pudiendo señalar el error específico. Los sentidos del Alma dentro de nosotros, reaccionan automáticamente; entonces, por medio de la ley de los opuestos, el error específico se identifica inequívocamente en la conciencia.

Luego de que la comprensión espiritual ha analizado y expuesto la ilusión, el camino

queda libre para aniquilar el error. Cada ilusión es la falsificación de una verdad específica, por lo que el caso completo puede ser ahora manejado desde el enfoque de esa verdad específica. Cada verdad refleja la totalidad de las ideas, y el resplandor total de esta reflexión constituye el poder operativo que disuelve la ilusión.

Los Científicos Cristianos tienen primero que sanarse a sí mismos de las interpretaciones erróneas acerca de Mente, Espíritu, Alma, Principio, Vida, Verdad y Amor. Con esta comprensión científica, ocurre un cambio. Ya los practicistas no intentan más “usar” la Ciencia Cristiana; reconocen que no pueden tener otra mente que la única Mente-ciencia. Permiten que la Mente-ciencia se aplique a Sí Misma. En la Ciencia, el hombre no requiere ser hecho hombre; la idea de Dios no puede ser hecha idea de Dios; ya lo es. En la Ciencia Cristiana el hombre es la operación o acción omnipotente, omnisciente, omnipresente y omniactiva de Mente, Espíritu, Alma, Principio, Vida, Verdad, Amor. La Ciencia de Dios se demuestra a Sí Misma. La Ciencia provee tanto el método científico para la comprensión divina, como para la auto demostración de este entendimiento.

El método para el tratamiento. El tratamiento de Doorly puede ser resumido en el siguiente método:

1. *El practicista comienza el tratamiento apartando de sí mismo, todo el problema, incluyendo todas las sugerencias.* La enfermedad, igual que cualquier otra desarmonía, es un efecto, cuya causa es siempre la mente mortal, por lo que dicha causa siempre es mental. No importa de qué problema se trate, ya sea que se le llame enfermedad funcional u orgánica, aguda o crónica; desarmonía mental o física; falta de provisión o dificultades en las relaciones; la causa siempre es el que el paciente no está en consonancia consciente con la Mente divina. Por ello es que uno puede sufrir de cualquier creencia individual, pero mayormente, de una creencia colectiva o universal, siendo gobernado por errores inconscientes o subconscientes. La mente mortal es una creencia de muchos tonos, y sin embargo siempre se trata de una y la misma cosa: la interpretación errónea acerca de la Mente divina omnipotente, omnisciente, omnipresente y omniactiva. Las mentiras son el problema en sí, del cuerpo y la enfermedad, y éstas jamás podrán informarnos de la verdad; por ello es que no nos aportan respuesta alguna. Lo mejor es apartarnos por completo de la mentira, estar “ausentes del cuerpo y presentes con el Señor” (II Cor. 5:8). El tratamiento comienza con el reconocimiento de que “el remedio consiste en olvidar el asunto por completo” (C&S 165:18). “El Científico Cristiano cuida mejor de su cuerpo cuando lo aparta por completo de su pensamiento” (C&S 383:7).

El problema como tal no sólo tiene que ser excluido del tratamiento, sino también tiene que excluirse al paciente, como persona. El Científico Cristiano jamás trata a ninguna *persona*; él comprende que el mal “no es persona, lugar ni cosa”, que el paciente es ignorante de la verdad de su problema (o no estaría enfermo), que “el pecador ni se creó a sí mismo ni al pecado, sino que el pecado creó al pecador; es decir, el error hizo su hombre mortal” (Ret. 67:19): que “el creyente y

la creencia son uno, y son mortales” (C&S 487:18). Toda desarmonía es el resultado de la mente mortal, una creencia errónea—y como tal, impersonal. El practicista separa el problema de la persona, y por ende no tiene necesidad alguna de saber su nombre, el nombre de la enfermedad, ni nada acerca de él. No era la costumbre de Jesús, preguntar los nombres de sus pacientes ni el nombre de sus males; tampoco estaba interesado en saber cuál órgano estaba enfermo. Él sabía que “la mente y el cuerpo mortales, son uno” (C&S 177:8), y que él tenía que tratar sólo con una creencia mortal, acerca de la cual el paciente era incapaz de proporcionarle información confiable.

Ni el problema, ni el paciente, ni el practicista, son incluidos como factor dentro del tratamiento. El verdadero practicista no es una persona, sino Dios, el mismo ser divino. Dios dijo: “Yo soy el Señor que te sano” (Éx. 15:26). La Verdad es el verdadero médico, el cirujano, el sanador, el salvador, el redentor; las personas carecen de poder espiritual curativo. Jesús no sanó, como persona: “El Padre que mora en mí, Él hace las obras” (Juan 14:10). “El Hijo nada puede hacer por sí mismo, sino aquello que ve que el Padre hace” (Juan 5:19). El Científico Cristiano no sana en el nombre de Cristo Jesús, sino en el nombre del Cristo, la Verdad. Mary Baker Eddy dijo: “Todo cuanto he logrado ha sido hecho poniendo a Mary fuera del camino, y permitiendo que Dios sea reflejado” (Ess. Coll. pág. 185). “El mejor sanador es aquel individuo quien se considera a sí mismo el último, volviéndose así una transparencia para la Mente divina, la cual es el único médico; la Mente divina es el sanador científico” (Misc. 59:28). Cuando en la enfermedad, el paciente y el practicista, como personas, son excluidos del tratamiento como factores, el camino queda libre para el tratamiento espiritual.

2. *El practicista se vuelve hacia la Mente infinita.* No basta con apartarse del problema con todo cuanto éste incluye, y decir: ‘No hay problema’, dejando todo hasta ahí. En tal caso tan sólo habría un vacío y el paciente no recibiría nada constructivo. El sólo “estar ausentes del cuerpo” no soluciona el caso; también tenemos que “estar presentes con el Señor” (C&S 14:3), con la Verdad y el Amor. En el instante en que encaremos un problema, el pensamiento debiera volverse hacia Dios y hacia la contemplación de las ideas divinas. “Cuando el pensador está perdido en la grandeza de la Mente, la curación tiene lugar” (Ess. Coll. pág. 237). Puesto que el derecho de nacimiento divino del hombre es tener la Mente de Cristo, es decir, tener esa Mente que es Dios, el practicista puede partir desde Dios y Sus ideas infinitas, y comprender al hombre—no al paciente—tal como Dios lo conoce. Al igual que Jacobo, entonces él vería lo mortal (a su hostil hermano Esaú), “tal como si yo hubiese visto el rostro de Dios” (Gén. 33:10). El practicista no considera a su paciente como pecador, como hombre enfermo ni caído; él ve al hombre como al ungido y bendecido de Dios, no con sus ojos ni con su mentalidad humana, sino con la conciencia cristianamente científica. “Jesús percibía en la Ciencia al hombre perfecto que aparecía a él, donde el hombre pecador y mortal aparece a los mortales” (C&S 476:34). El poder salvador, el poder sanador, está en esta comprensión científica:

“En este hombre perfecto, el Salvador veía la semejanza misma de Dios, y este enfoque correcto del hombre sanaba al enfermo” (C&S 477:2).

¿Qué es el hombre a “la semejanza misma de Dios”? No es un mortal enfermo ni saludable; el hombre es la idea compuesta de Dios. Por ello es que el tratamiento consiste en volverse hacia Dios y hacia sus ideas infinitas, y contemplar en conciencia al hombre verdadero. ¿Qué es el hombre cuando es percibido desde Dios? El practicista sabe que debido a que Dios es Mente, el hombre es idea inteligente, activa, legítima y poderosa; debido a que Dios es Espíritu, el hombre es la idea de orden, integridad, realidad y substancia; debido a que Dios es Alma, el hombre es idea santa, impecable, incorpórea, identificada, gozosa, satisfecha; debido a que Dios es Principio, el hombre es la idea de la demostración, de la Ciencia y el sistema, la idea del gobierno armonioso y la acción divina; debido a que Dios es Vida, el hombre es la idea del ser eterno y espontáneo; debido a que Dios es Verdad, el hombre es la idea de dominio, de filiación, de conciencia divina, de integridad, de salud; debido a que Dios es Amor, el hombre es la idea de perfecta plenitud y salvación, la idea del plan divino.

De esta manera la conciencia descansa en el hecho exaltado de que Dios conoce aquello que es llamado hombre, sólo como la propia idea de Dios; sin cuerpo, sin persona, sin lugar ni tiempo. Dios, el Ser divino, está consciente del hombre en forma infinitamente individual—sin repetirse a Sí Mismo. Dios conoce al hombre “antes que Abraham fuese”. Dios conoce al hombre solamente como idea, viviendo, moviéndose y teniendo su ser en la Vida, la Verdad y el Amor. En esta única conciencia divinamente unida, el hombre está consciente de su propia plenitud y perfección. El practicista sabe que el hombre está consciente de aquello que el hombre verdaderamente es, y que es completo.

3. *Aparece la verdadera identidad de aquello que es llamado “un problema”.* Cuando el practicista eleva su conciencia y contempla la idea de Dios desde el enfoque de Dios; cuando se hace consciente de la verdadera identidad del hombre; y cuando la identidad específica de aquello que constituye lo opuesto del llamado *problema* se define a sí mismo a su conciencia, entonces la verdad específica acerca del error a tratar, se identifica a sí misma por medio de los sentidos del Alma. La pregunta relacionada en cuanto a cómo es esto posible, ya ha sido respondida—a través de la ley de la identidad del Alma—la “revelación del propósito divino a través del entendimiento espiritual, gracias a la cual el hombre experimenta el Principio divino y la explicación de todas las cosas” (C&S 83:29), y que tiene lugar en el pensamiento. El designio del Amor divino es salvar al hombre, y por ello el Amor identifica, por medio del Alma, la idea salvadora para cada necesidad humana.

El Alma tiene su propio impulso y su medida infinita para hacerse conocer a la conciencia, y para identificar la idea salvadora. Cuanto más pura la conciencia, tanto más abierta a la Ciencia del Alma, y tanto más la constante y verdadera identificación puede ser impecablemente reconocida. En cuanto llega la idea correcta, ésta se manifiesta como omnipotencia, omnisciencia, omnipresencia y

omniacción; y muy a menudo esto es suficiente como para sanar un caso. La propia idea actúa como omnipotencia, teniendo todo el poder para salir victoriosa sobre el error; es omnisciente y por ello conoce cómo tratar con el error; es omnipresente y consecuentemente no necesita del pensamiento—ni del poder de transferencia; es omniactiva y actúa en el reino del Espíritu auto operativamente—independientemente del espacio y el tiempo.

4. *La idea verdadera descubre el error gobernante.* En la medida en que el practicante “experimenta el Principio divino y la explicación de todas las cosas” (ibíd.), y la verdad específica se identifica espiritualmente para él en un caso dado, también descubre en la mente del paciente, el error particular a través de la ley de los opuestos, el cual enferma al cuerpo. El error a tratar, la raíz del mal, se hace claramente reconocible a la conciencia espiritual pura, tal como una nota falsa es reconocida por el músico. Así que la verdadera idea de Dios, y no el pensamiento correcto del practicante, es lo que descubre y expone el error. Cada idea descubre su falsificación como una ilusión. Éste es el diagnóstico divino, el cual hace de todo otro diagnóstico, superfluo. El practicante cristianamente científico no edifica sobre un diagnóstico médico, porque carece de utilidad, incluso aunque médicamente el caso hubiese sido diagnosticado correctamente; tampoco somete a su paciente a un interrogatorio interminable para descubrir algunos errores físicos falsos, porque a pesar de que sea evidente alguna actitud interior errónea, eso no significa que esa sea la causa específica de la enfermedad a tratar. Únicamente la Mente divina diagnostica correctamente. Raramente un caso, desde un punto de vista médico o psicológico, es lo que parece ser.
5. *El error específico es compensado por la totalidad de la verdad específica.* Al (1) analizar y (2) descubrir el error, éste tiene que ser (3) aniquilado. “El error descubierto está destruido en sus dos terceras partes, y la última tercera parte se destruye a sí misma, pues el remanente sólo estimula y da lugar a una demostración superior” (Misc. 355:15). El hecho de que el error es siempre una mentira acerca de una verdad, y el hecho de que a través de la lectura de la Mente divina el error específico sea analizado y descubierto, capacita al practicante para tratar tal error con la totalidad de la verdad específica. Ahora el practicante contempla la magnitud y potencia de esta idea específica, viéndola como una reflexión de todas las demás ideas, hasta que su plenitud trae a luz la integridad de la idea. En esta irradiación de la idea no hay espacio alguno para nada enfermo. Si por ejemplo la Mente divina ha revelado que el error gobernante en un caso es la insatisfacción, entonces esto señala al hecho, en el ser, de que Dios, el Alma, está siempre en un estado de total satisfacción. La satisfacción es una idea en el ámbito de la actividad legal (Mente); que sólo cualidades y valores espirituales pueden producir satisfacción duradera (Espíritu); que únicamente el sentido espiritual puede experimentar verdadera satisfacción (Alma); que el sentido personal jamás puede estar satisfecho, sólo la obediencia al Principio divino demuestra satisfacción (Principio); que tal satisfacción tiene una influencia apasionada y vitalizante (Vida); que pertenece a la conciencia verdadera que se

auto afirma (Verdad); y que está constantemente en un estado de plenitud, paz y descanso (Amor). Con una comprensión de los sinónimos para Dios y sus ideas, la verdad gobernante en cualquier caso, puede ser comprendida y “dar lugar a una demostración superior” (ibíd.).

6. *La idea divina es omnipotente tanto en el reino de la Verdad, como en el reino de la creencia humana.* La idea divina no sólo refleja a Dios y a todas sus ideas, no sólo está activa en el ámbito de la Verdad y la realidad, sino que también actúa por su propia verdad en el reino de las creencias erróneas; es una alternativa irresistible para todo error. La idea sana; salva a la conciencia humana de sus propias concepciones erróneas; eleva el pensamiento equivocado fuera de sus creencias auto impuestas hacia la iluminación de la unicidad del hombre con la idea espiritual—el hombre, y el Principio divino—demostrando constantemente la armonía del ser. No hay límite a lo que la idea puede llevar a cabo; sus posibilidades rebasan la concepción humana. La idea actúa sobre la mente mortal y la fuerza a renunciar a sus creencias acerca de una humanidad mortal y material. La sumisión de los conceptos falsos se muestra al pensamiento humano como una condición material mejorada, llamada curación o salvación.
7. *Todo tratamiento en la Ciencia Cristiana, bendice.* Todo tratamiento que parte de una comprensión científica de Mente, Espíritu, Alma, Principio, Vida, Verdad y Amor, y que se hace consciente del universo de ideas desde el punto de vista de Dios, se mueve en su propio reino de la realidad divina. Tal tratamiento es por siempre una verdad irreprochable y no puede dejar de resolver el error; siempre sana; jamás se desvanece en la nada; nunca es en vano. Quizá pudiera no alcanzar aquello que humanamente hubiéramos deseado, mas siempre cumple con algo mucho más alto: con aquello que la idea divina desea alcanzar. Los efectos de un tratamiento científico continúan indefinidamente puesto que participan de la naturaleza de la Vida eterna. Hoy en día las curaciones de Jesús siguen siendo efectivas.

La diferencia entre el método de tratamiento de Doorly y el de aquellos primeros métodos, resulta evidente si tomamos como ejemplo el caso de una indigestión. Aplicando el método de argumentos, uno pudiera afirmar todos los hechos relacionados con la salud y negar todas las sugerencias en cuanto a la indigestión; afirmar que Dios ha creado solamente un estómago saludable y su actividad saludable; que el hombre sólo tiene un estómago saludable y que así lo sabe; que el estómago no puede enfermarse ni tampoco puede provocar dolor ni enfermedad. Tal método trata el efecto—la indigestión— ¡mas no la causa mental!

El método metafísico trata de sanar por medio de la idea de que la indigestión es una mentira. El practicante metafísico pudiera darse cuenta que sólo existe el “divino digesto de la Ciencia” (Rud. 3:17); que tratándose de un caso de acidez, tan sólo existe “la alquimia del Espíritu” (C&S 422:21); o que en caso de constipación, “la Mente gobierna la acción de los intestinos”.⁵¹ Este método aún parte de aquello que testifica el cuerpo—correcta o

⁵¹ De John W. Doorly, *Christian Science Practice*, 2nd Ed. [*La Práctica de la Ciencia Cristiana*, 2a. Edición] (London: The Foundational Book

incorrectamente—y trata de extraer conclusiones partiendo del error hacia la idea; todavía está dirigido hacia la curación del cuerpo y no del hombre; del efecto (enfermedad) y no de la causa mental. Tal tratamiento sigue estando en el plano de la psicoterapia, actuando principalmente en el llamado “lenguaje de los órganos” de la medicina psicosomática (alguien que sufra del corazón estará enfermo debido a que ciertas circunstancias en su vida “rompieron su corazón”; un paciente con problemas de espalda es síntoma de que algo o alguien le “ha dado la espalda”; alguien que no puede mover sus piernas, será debido a que quisiera “salir corriendo” de determinada situación y no puede; las enfermedades estomacales surgen porque el paciente “no puede tragarse algo”). Este método metafísico también está dirigido hacia la curación del cuerpo y no hacia la curación del hombre, y por ello con demasiada frecuencia, surgen recaídas de la misma o de otra enfermedad, debido a que la causa real no ha sido diagnosticada ni corregida divinamente.

El método de curación a través de la unicidad del Ser, contempla la indigestión como “no indigestión”, ya que Dios, la Mente, en su infinitud, nada tiene que digerir.⁵² Aunque ésta es una declaración de verdad, no toca el error específico y resulta inadecuado en dos sentidos: primero, todavía parte del cuerpo enfermo con sus síntomas y sin tocar la causa mental de la enfermedad; segundo, la curación tiene que provocar la saludable digestión del paciente y no el concepto de que él nada tiene que digerir. En cuanto al paciente, resulta necesario que su organismo “regrese a la norma que la mente mortal ha establecido como esencial para la salud” (C&S 373:36). Luego de la crucifixión, Jesús se sanó primero a sí mismo, a la normalidad del cuerpo; sólo más tarde, en la ascensión, se sanó a sí mismo en un plano superior—aquél de la Ciencia divina—liberándose del cuerpo material y manifestando el cuerpo puramente espiritual.⁵³

El cuerpo enfermo primero tiene que ser restablecido a sus funciones normales. Éste es el propósito del tratamiento de la Ciencia Cristiana. Tal método de curación no parte de la indigestión—del estómago, el cuerpo, ni de un diagnóstico médico; tampoco de lo que diga el paciente—parte de Dios. Con la Mente de Cristo, el practicante se vuelve hacia la Mente que todo lo sabe, la cual diagnostica el caso y revela, por medio de la lectura de la Mente, la idea específica que gobierna el caso. Por ejemplo, tal análisis espiritual pudiera revelar que la verdad específica es la insatisfacción; la cual descubre de inmediato que la causa mental es insatisfacción; y la creencia de insatisfacción de la vida puede ser resuelta por medio de la idea de la verdadera satisfacción. De esta manera el paciente es sanado primero y después es sanado el cuerpo. ¡Qué enorme diferencia en el método de tratamiento, cuando se trata la insatisfacción, en lugar de la indigestión!

Resulta importante observar que de este ejemplo no debe concluirse que la insatisfacción sea siempre causa de indigestión. Las causas de la indigestión pueden ser creencias muy numerosas de: herencia, nutrición inadecuada, nerviosismo, ingratitud, temor, contagio mental, etc. Cuál, de entre las innumerables creencias, tiene que ser corregida en el caso específico, es revelada por la Mente divina. Tal como la insatisfacción no es la causa de toda indigestión, de la misma manera la insatisfacción tampoco se manifiesta siempre como indigestión, sino como cualquiera de los muchos otros malestares. No resulta científico el

Company for the John W. Doorly Trust, 1958), pág. 239.

⁵² Véase de Charles S. Braden, *Christian Science Today [Ciencia Cristiana Actual]* (London: George Allen & Unwin Ltd., 1958), pág. 312.

⁵³ Véase el artículo “A Correction,” [“Una Corrección”] *My.*, pág. 217–218.

establecer una norma en cuanto a cuál relación definida existe entre las causas mentales y físicas, y las enfermedades resultantes. Cada caso es distinto; no hay casos repetitivos. Los practicistas tienen que orar de nuevo en cada caso para poder ser receptivos a la revelación de la solución. Ellos no se permiten ser guiados por casos anteriores o de naturaleza similar, ni tampoco ser influenciados por el conocimiento de la medicina psicosomática ni por la psicoterapia. Ellos toman la postura de: “Permitir que la Verdad descubra y destruya el error, en la forma en que Dios determine” (C&S542:19).

Aunque Doorly en su libro “La Práctica de la Ciencia Cristiana” mostró predominantemente este método de tratamiento cristianamente científico, en sus últimos años estaba bien consciente que un desarrollo posterior provocaría un cambio en nosotros. Él indicó que en el marco de referencia de la Ciencia del Ser existen cuatro niveles de conciencia, a saber: (1) la Ciencia Cristiana, (2) la Ciencia Cristiana absoluta, (3) la Ciencia divina, y (4) la Ciencia en sí misma, y que cada nivel exige un método distinto de práctica. No van a tratarse aquí en forma extensiva estas etapas esenciales de desenvolvimiento; tan sólo serán meramente mencionadas en la siguiente exposición.⁵⁴

b) CURANDO POR MEDIO DE LA CIENCIA CRISTIANA ABSOLUTA

“El término Ciencia Cristiana se refiere específicamente a la Ciencia, al aplicarse a la humanidad” (C&S 127:16), y fue “introducido por la autora para designar el sistema científico de la curación divina” (C&S 123:18). Cada vez que se inquiera sobre cómo el poder de la Verdad “es ejercido sobre el error visible y el pecado audible” (C&S 559:7), la conciencia se encontrará en el nivel de la Ciencia Cristiana. “La curación de la enfermedad física es la parte menos importante de la Ciencia Cristiana. Tan solo es el toque de clarín para el pensamiento y la acción, en la esfera superior del bien infinito. El propósito enfático de la Ciencia Cristiana es la sanación del pecado” (Rud. 2:26). Cuando podamos sanarnos a nosotros mismos del pecado, es decir, de la creencia de que el hombre está separado de Dios, entonces el pecado no podrá producir enfermedad alguna, y en consecuencia no tendremos necesidad de ser sanados de ella. Aquí tocamos la práctica preventiva de la Ciencia Cristiana absoluta, por medio de la cual “el error elemental y latente, el origen de todas las formas visibles del error” (C&S 559:5) es señoreado. La práctica de la Ciencia Cristiana absoluta no maneja primordialmente, el error concreto, sino la esencia o el error en sí mismo, es decir, la creencia de que el error pueda posiblemente existir.

Si los estudiantes de Ciencia Cristiana llegaran a enfermarse, estudiarían primordialmente esta Ciencia para sanarse por medio de lo espiritual, en lugar de por medio del tratamiento médico. Su objetivo es mucho más alto. La Ciencia Cristiana debiera ser para ellos, una Ciencia de la Vida verdadera, una nueva forma de vida; su conciencia debiera ser una conciencia de Verdad nueva y universal, una conciencia de ideas. Por ello es que la Ciencia Cristiana absoluta está ocupada principalmente en la demostración científica de los valores e ideas espirituales, y no, como la Ciencia Cristiana, en la corrección de errores. Las ideas son siempre ideas del Principio divino; por lo tanto la Ciencia Cristiana absoluta está

⁵⁴ Para una investigación más detallada acerca de este tema, véase de Max Kappeler, *The Four Levels of Spiritual Consciousness: Science itself divine Science, absolute Christian Science, Christian Science* [Los Cuatro Niveles de la Conciencia Espiritual: La Ciencia en sí misma, la Ciencia divina, la Ciencia Cristiana absoluta, la Ciencia Cristiana] (Seattle: Kappeler Institute Publishing USA, 1970).

enfocada en determinar, espiritual y científicamente, las infinitas relaciones del Principio y sus ideas. Es llamada “absoluta” debido a que no se ocupa básicamente de los efectos de la Verdad en lo humano, en lo relativo. La Verdad es buscada por ella misma; las ideas son buscadas para moldear una conciencia nueva; el error latente es corregido antes que tenga la oportunidad de manifestarse externamente.

En el nivel de la Ciencia Cristiana, todos los esfuerzos están encaminados para hacer saludable a la persona enferma. En la Ciencia Cristiana absoluta queda demostrado que el hombre jamás puede estar falto de salud. “Cuando el hombre demuestre la Ciencia Cristiana en forma absoluta, será perfecto. No podrá pecar, sufrir, estar sujeto a la materia, ni desobedecer la ley de Dios” (C&S 372:16). Por lo tanto, la Ciencia Cristiana extrae su gran poder de la Ciencia Cristiana absoluta.

Dado que la Ciencia Cristiana absoluta trata tan solo con la relación del Principio y de sus ideas infinitas, el tratamiento del enfermo exige una práctica distinta. Esta práctica superior sólo puede ser aplicada correctamente, siempre y cuando la comprensión haya alcanzado verdaderamente el plano superior de la Ciencia Cristiana absoluta, por lo que el practicante no *declarará* simples enunciados absolutos. La Sra. Eddy aconsejaba a los estudiantes en forma inequívoca—de hecho ella misma podía *decirle* a un dispéptico: “Usted no tiene estómago” (siendo éste el punto de vista de la Ciencia Cristiana absoluta); pero los estudiantes sólo debían *decir*: “Tome alimento; le hará bien” (Ess. Coll. pág. 7) (siendo éste, el enfoque de la Ciencia Cristiana). También ella le dijo a Kimball: “Puede declarar que yo tengo un hígado perfecto o que no hay hígado, siempre y cuando el pensamiento tras estas declaraciones sea el correcto”.⁵⁵ La primera declaración, “Yo tengo un hígado perfecto”, viene del enfoque de la Ciencia Cristiana; la segunda, “no hay hígado alguno”, parte del punto de vista de la Ciencia Cristiana absoluta, y sólo puede dar como resultado curación, y no un efecto destructivo, siempre y cuando el practicante entienda lo que la verdadera incorporación del Principio divino significa científicamente, como “el cuerpo divino de este Principio” (C&S 559:26).

Los sinónimos para Dios necesarios para una interpretación correcta del universo material, son Mente, Espíritu y Alma, y son particularmente característicos del plano de la Ciencia Cristiana; en tanto que la conciencia, en el ámbito de la Ciencia Cristiana absoluta, está principalmente ocupada con Vida, Verdad y Amor. Mente corrige la creencia de la mente mortal; Espíritu la creencia de materia; Alma la creencia del testimonio de los sentidos físicos. Sin mente mortal, manifestada objetivamente como materia y conocida por medio de los sentidos físicos, el universo material desaparecería. Así la conciencia se exaltaría por sobre lo material y moraría en el reino de Principio, el cual se demuestra sólo como ideas de Vida, Verdad y Amor.

Éste es el plano de la Ciencia Cristiana absoluta. El Libro de Texto utiliza combinaciones como Vida, Verdad y Amor; Verdad, Vida y Amor; Vida y Amor; y muy a menudo, Verdad y Amor. Esto constituye también el fundamento del tratamiento en la Ciencia Cristiana absoluta.

⁵⁵ Carta de Kimball al Juez Hanna (Nov. 29, 1907).

1. *Vida, Verdad y Amor es el verdadero practicante.* La Sra. Eddy descubrió la Ciencia Cristiana como las leyes divinas de Vida, Verdad y Amor. ¿Qué significan estas leyes? La ley de Vida es la ley de la espontaneidad, de la novedad eterna, de la inmediatez del ahora, del impulso creativo continuo. Esta ley no conoce la ley de la casualidad; su impulso creativo es completamente independiente del pasado; no investiga causas remotas; no saca conclusiones del pasado para el presente, ni del presente para el futuro. La ley de Verdad es la ley de la auto afirmación de Dios, de la auto realización de Dios, de la auto demostración de Dios, de la auto revelación de Dios y de la auto aplicación de Dios. Esta ley actúa independientemente de si la gente quiere demostrar, afirmar o reclamar la verdad, o no. La ley del Amor es la ley de la perfección, de la auto contención infinita, del plan infinito, de la integración total de cada detalle dentro del designio divino del Ser, del propósito más alto, y de la auto plenitud. No intenta hacer algo perfecto, obtener algo paso a paso, ni improvisar o llevar a cabo sólo partes de su plan.

Las leyes de Vida, Verdad y Amor, combinadas como *una* sola ley, son el impulso constante y creativo de Vida, trayendo a luz lo novedoso del ser, independientemente del pasado; sabiendo que sólo traen a expresión los hechos reales (Verdad), integrados todos dentro de un todo perfecto (Amor). Vida, Verdad y Amor es el eterno “¡Sea!... (Vida)... y Dios hizo... (Verdad)... y era bueno en gran manera (Amor)”. Esta creación absoluta no conoce error alguno y no mejora la creación. Vida, Verdad y Amor es la ley de la progresión infinita. “La progresión infinita es el ser concreto” (Misc. 82:20).

Vida, Verdad y Amor es el verdadero practicante, dando a la totalidad del ser un tratamiento continuo; por ello es que siempre podemos decir dentro de nosotros: ¡Sea!, libres de cualquier concepción material, reconociendo que sólo el máximo de bien está aconteciendo, estando agradecidos por el hecho de que Dios es realmente Vida, Verdad y Amor, y que constantemente nos está dando un tratamiento óptimo. En tanto aceptemos por completo la operación y acción eternas de Vida, Verdad y Amor, seremos liberados de la carga de tener que vivir una Vida divina, teniendo que demostrar Verdad y teniendo que alcanzar algo divino (Amor).

2. *Verdad, Vida y Amor es el tratamiento.* Vida, Verdad y Amor—el practicante divino—está consciente del ideal divino. Este practicante solamente puede dar un tratamiento de acuerdo al ideal más alto de Dios. Cristo, la Verdad, expresa este ideal en individualización infinita (Vida), y en forma tal, que cada manifestación individual está adaptada al plan divino, por lo que encuentra su plenitud individual (Amor). Así, Verdad, Vida y Amor, es el Cristo para la progresión total del ser; la traslación constante de Vida, Verdad y Amor, en ideas. El *único* ideal manifiesta ideas infinitas de este ideal por medio de su auto tratamiento. El hombre está constantemente sujeto a este tratamiento del Cristo; “Verdad, Vida y Amor son las únicas demandas legítimas que se le hacen al hombre, y son los legisladores espirituales, que obligan a obediencia a través de estatutos divinos”

(C&S 184:13). Bajo este tratamiento, el hombre “no puede pecar, sufrir, estar sujeto a la materia, ni desobedecer la ley de Dios” (C&S 372:17). Así, “Verdad, Vida y Amor son una ley de aniquilación para todo lo desemejante a ellos mismos, porque no proclaman sino a Dios” (C&S 243:27).

Ya que la conciencia del único ideal divino es *un* solo tratamiento (aunque infinitamente individualizado), de hecho implica un método colectivo de tratamiento. En este nivel, no son dados tratamientos especiales a cada paciente en lo individual. La Verdad impersonal es la verdad acerca de todo; por ello es que todo está participando de la bendición de este único tratamiento de Verdad, Vida y Amor. Jesús sanó a la multitud con *un* solo tratamiento. “La Verdad, la Vida y el Amor divinos le daban a Jesús autoridad sobre el pecado, la enfermedad y la muerte” (C&S 26:15). En este punto, el practicante Cristianamente científico cultiva la conciencia de que todos los pacientes que estén buscando su ayuda, son conocidos por la Verdad divina y tocados por el tratamiento de Verdad que conoce al mismo tiempo todas las verdades individuales.

3. *La Vida y el Amor constituyen el verdadero paciente.* El verdadero paciente no es un pecador, ni tampoco una persona enferma o moribunda—de hecho no es un mortal. En la Ciencia Cristiana absoluta, el Principio contempla sólo su propia idea y esta idea de la paternidad de la Vida y de la maternidad del Amor, constituye al hombre. La vida es el proveedor eterno, el creador infinito, manteniendo su propia creación, y proporcionando la totalidad y novedad de la Vida; el Amor protege, cuida, abarca esta creación. La Vida y el Amor es el “Padre único con Su familia universal, unidos en el evangelio del Amor” (C&S 577:4). En la Ciencia Cristiana absoluta, el paciente se eleva hacia una exaltada estatura de hombre absoluto. Todo cuanto fluye desde el impulso de Vida y que es satisfecho por el Amor, es el hombre—el único paciente conocido por el practicante, quien es Vida, Verdad y Amor.

Así como en la Ciencia Cristiana absoluta hay tan solo *un* practicante, solo *un* tratamiento, de la misma manera también hay *un* solo paciente—la idea universal de hombre, provista constantemente por la plenitud de la Vida y mantenida en la perfección del Amor. En esta súper abundancia de plenitud y salud no hay espacio alguno para la enfermedad. Aquí somos liberados de la responsabilidad de demostrar al hombre. La Vida y el Amor demuestran continuamente al hombre. La Vida y el Amor demuestran continua y exitosamente al hombre.

4. *La Verdad y el Amor es salud perfecta.* En la Ciencia Cristiana absoluta, somos liberados de la responsabilidad de demostrar salud. Aquello que no haya existido desde el principio, no puede ser creado. Cualquiera cosa que sea ‘demostrada’, de hecho ya existe; y aquello que ya existe, son los hechos inmutables (Verdad) en toda su perfección (Amor). Los matemáticos no tienen que crear $2 \times 2 = 4$. Este cálculo es un hecho que ha existido desde siempre, y uno puede valorarlo en su perfección. La Verdad completa incluye todas las verdades y es la perfección de la Verdad (Verdad y Amor). Toda idea ya existe como una idea ideal y perfecta;

nada requiere ser añadido; ya contiene todo cuanto es necesario para su compleción. La salud es una forma plena; dado que no puede perderse, tampoco hay necesidad de ser recuperada. La salvación es un hecho irrefutable.

c) *CURANDO POR MEDIO DE LA CIENCIA DIVINA*

Cuando el pensamiento se ha familiarizado con la Ciencia Cristiana y cuando la aplicación de la Verdad al error material ha sido comprendida; cuando el pensamiento se ha elevado hacia la Ciencia Cristiana absoluta y reconocido que en realidad el Principio divino conoce sólo el divino cálculo infinito de ideas que no tienen conciencia alguna de ilusiones con sus fenómenos de error, entonces la conciencia está lista para aceptar un siguiente nivel e incluso, un nivel superior: la Ciencia divina. La Ciencia Cristiana absoluta contempla la relación del Principio con sus ideas infinitas, y más aún, explica el cómo Vida, Verdad y Amor se manifiestan como ideas infinitas de Vida, Verdad y Amor. La conciencia en la Ciencia divina se eleva a la comprensión de que el Principio y su idea es uno. Aquí se entiende que Dios es uno; ¡no Dios y la Creación de Dios! Dios es tanto Dios, así como la contemplación de Dios de Sí Mismo. Dios es Dios, incluyendo Su reflexión. Dios es el único Ser infinito consciente de Sí Mismo, como la única Vida, la única Verdad y el único Amor. En la Ciencia Cristiana absoluta están siendo contempladas, la Vida y las ideas de Vida; la Verdad y las ideas de Verdad; el Amor y las ideas de Amor. En la Ciencia divina la Vida es comprendida como la única Vida; la Verdad como la única Verdad, el Amor como el único Amor. En la Ciencia divina, el único Principio infinito incluye dentro de sí mismo, su ideal divino—la Vida única, la Verdad única, el Amor único; aquí nada más acontece que no sea la Vida única, la Verdad única y el Amor único.

Jesús sanaba sobre la base de la Ciencia divina: “Él estaba en acción en la Ciencia divina” (C&S 53:11). Los practicistas, llenos con la única conciencia divina que está consciente de todas las verdades como la única Verdad, están conscientes de la unicidad y totalidad del Ser. Cuando ellos alcanzan este nivel de conciencia, ya no necesitan conocer la verdad específica ni el error específico de un caso—ni siquiera el infinito cálculo divino de ideas. La Verdad como tal, la Verdad total, inunda su conciencia; y esta Verdad no sabe nada de una creencia errónea que requiera ser corregida.

Aunque la Sra. Eddy enseñó a sus primeros estudiantes “la Ciencia de la armonía física” (Un, 6:10), ella misma sanaba en el nivel de la Ciencia divina: “Cuanto más claramente he visto y más vivamente he sentido que el infinito no reconoce enfermedad alguna, esto no me ha separado de Dios, sino que me ha unido de tal manera a Él, como para ser capaz de sanar instantáneamente un cáncer cuya corrosión había avanzado hasta la vena yugular” (Un. 7:10). Cuanto más alto se eleva la conciencia en comprensión científica, tanto más poderosa se vuelve: “un reconocimiento de la perfección de lo Invisible infinito confiere un poder como nada más lo puede conferir” (Un. 7:24). Tal tratamiento lo define la Sra. Eddy, como: “Un reconocimiento absoluto de la perfección presente” (Ess. Coll. pág. 247). Mientras que para sus estudiantes la declaración, “Dios es Todo” se mantenía como una simple declaración, para ella representaba una comprensión divinamente científica que

sanaba instantáneamente.⁵⁶ En este nivel, el trabajo de curación se vuelve fácil.

Lo Uno infinito cuenta con una naturaleza divina: *una* Vida, *una* Verdad, *un* Amor, *un* Principio, el Amor. Comprendemos aquí que la Vida *única* es individualidad infinita cuyo propósito no es demostrar la individualidad ni la vida de cada individuo. La Vida se vive a sí misma como su propia Vida divina completa. Vida demuestra Vida—no sólo las ideas de Vida, como en el nivel de la Ciencia Cristiana absoluta. Vida es el Yo Soy; es el Yo Soy que siempre se expresa solo como el Yo Soy total, y que no está destinado a solucionar problemas individuales.

En la Ciencia divina, uno es consciente de la Verdad como la Verdad *única*, la cual siempre se demuestra como su propia plena Verdad. La Verdad es su misma auto conciencia infinita—aquí tenemos la propia Verdad. Esta Verdad única no conoce error alguno ni está interesada en la demostración de alguna verdad específica, como en el caso de la Ciencia Cristiana absoluta. Al practicar desde el nivel de la Ciencia divina, “no necesitamos conocer nada acerca de la enfermedad” (Ess. Coll. pág. 177).

El Amor *único* es su propia auto contención infinita; jamás está sin su propia manifestación universal. En el plano de la Ciencia Cristiana absoluta, la relación de Amor con la idea del Amor está demostrada; la Ciencia divina conoce la totalidad del ser como un estado de *un* solo Amor. En la Ciencia Cristiana absoluta se reconoce que Dios ama al hombre, que los hombres debieran amarse unos a otros, y que el hombre debiera amar a Dios. En la Ciencia divina se entiende que el Amor es tan solo Amor, y que no hay otro amor. Ahí yace la base para la curación instantánea. Durante la clase de instrucción que la Sra. Eddy impartiera durante 1888, un estudiante tomó las siguientes notas: “La Sra. Eddy dijo que también debiéramos usar las redes antiguas y la palabra (el argumento), pero que cuando concientizáramos que *Dios es Todo*, ya no necesitaríamos de argumentos; la *conciencia* de la Totalidad de Dios sería el médico para todo error—entonces vendría la curación *instantánea*” (Misc. Doc. pág. 87). Diez años después (en 1898), en su última clase, la Sra. Eddy elevó su enseñanza todavía más alto, al nivel de la Ciencia divina. Un estudiante en esa clase hizo la pregunta: “¿Cómo sanaría usted instantáneamente al enfermo... para concientizar la presencia del Amor?”—respondiendo él mismo a su propia pregunta en la segunda parte del enunciado. La Sra. Eddy escuchó pacientemente, y luego dijo: “Usted ha respondido muy bien; de hecho muy bien. Pero no ha acertado lo suficiente. Ahora permítame decirle cómo Yo sanaría instantáneamente. No se trata tanto de concientizar la presencia del Amor—sino en ¡AMAR!” (Misc. Doc. pág. 110–11).

En la Ciencia divina, el Principio divino *único*, el Amor, no es estático, sino dinámico; opera como omniacción en el plan divino. Puesto que el Principio divino está en acción para satisfacer el sentido más alto del Ser, todo se mueve en una gran armonía. En este movimiento carente de esfuerzo, todo ya está pleno. “En la Ciencia divina, Dios es Uno y Todo, y gobernándose a Sí Mismo, Él gobierna al universo” (Misc. 258:12). El Principio divino, el Amor, es la acción infinita dentro de su propio ser, con el propósito de su auto glorificación; es integridad dinámica, salud.

El tratamiento en este nivel, es la conciencia de que en el Ser único, nada está ocurriendo jamás—sino la Mente manifestándose a sí misma desde sí misma, por medio de sí

⁵⁶ Véanse referencias diversas en Ess. Coll. pág. 229, 272, 285.

misma, como sí misma y para la gloria de sí misma; el Espíritu está reflejándose a sí mismo desde sí mismo, por medio de sí mismo, como sí mismo y para la gloria de sí mismo; el Alma está identificándose a sí misma desde sí misma, por medio de sí misma, como sí misma y para la gloria de sí misma; el Principio está demostrándose a sí mismo desde sí mismo, por medio de sí mismo, como sí mismo y para la gloria de sí mismo; la Vida está eternizándose a sí misma desde sí misma, por medio de sí misma, como sí misma y para la gloria de sí misma; la Verdad está siendo consciente de sí misma desde sí misma, por medio de sí misma, como sí misma y para la gloria de sí misma; el Amor está haciéndose pleno a sí mismo desde sí mismo, por medio de sí mismo, como sí mismo y para la gloria de sí mismo. El Ser único se mueve en una dinámica eterna dentro de sí mismo.

d) *CURANDO POR MEDIO DE LA CIENCIA EN SÍ MISMA*

La Ciencia, en sí misma, es el nivel científico más alto que podemos alcanzar. Lo que en principio descubrió la Sra. Eddy fue la Ciencia, la cual, para que fuera comprensible a nuestra época, ella redujo a la Ciencia divina, la Ciencia Cristiana absoluta, la Ciencia Cristiana, la metafísica divina e inclusive los argumentos mentales de verdad. En su Libro de Texto, todos estos niveles están delicadamente entrelazados unos con otros. Ninguno de los diferentes métodos de tratamiento son superfluos; cada uno tiene su oficio particular. Guían al estudiante y al practicante, en su senda, hacia comprensiones cada vez más elevadas del Ser. Estos planos más altos incluyen los planos inferiores, hasta que finalmente es alcanzado el punto de vista puro de la Ciencia que incluye todas las categorías de entendimiento y demostración. En la Ciencia, los conceptos de “Dios” y “hombre” se someten al Principio infinito y a la idea infinita. La Ciencia trata con el Uno infinito, el Todo indiviso, el único Yo o Ego. Este ser científico es un ser de ley, orden, norma y sistema. La Ciencia en sí misma es la Ciencia de todas las ciencias; el Principio de todos los principios. Toda manifestación es la manifestación de la Ciencia única; “y la Ciencia no conoce ningún alejamiento de, ni retorno a, la armonía, sino que sostiene el orden divino o ley espiritual en el cual Dios y todo cuanto Él crea, son perfectos y eternos, habiendo permanecido inalterados en su historia eternal” (C&S 471:1).

El Libro de Texto proporciona sólo unos cuantos pasajes en el nivel de la Ciencia en sí misma. Un ejemplo asombroso es la oración de la página 310: “Dios es Su propia Mente infinita”. Incluso aquí el término “idea” desaparece. Es el lenguaje puro de los sinónimos; en esta sencilla declaración es presentada la ley más alta. ¡Y cuán infinita es esta ley! Puesto que Dios es únicamente un término general para Mente, Espíritu, Alma, Principio, Vida, Verdad y Amor, esta ley puede ser expandida infinitamente.

Por ejemplo, si remplazáramos el término ‘Dios’ de la declaración anterior, por cada uno de los 7 sinónimos, llegaríamos a la siguiente ley: Mente es su propia Mente infinita; Espíritu es su propia Mente infinita; Alma es su propia Mente infinita; Principio es su propia Mente infinita; Vida es su propia Mente infinita; Verdad es su propia Mente infinita; Amor es su propia Mente infinita. Y dado que Mente también es sinónima con los otros sinónimos, también podemos derivar la ley siguiente: Mente es su propia Mente infinita; Mente es su propio Espíritu infinito; Mente es su propia Alma infinita; Mente es su propio Principio infinito; Mente es su propia Vida infinita; Mente es su propia Verdad infinita; Mente es su

propio Amor infinito.

Esta misma ley puede ser ampliada, remplazando en los párrafos previos, el término Mente por algún otro de los sinónimos. Por consiguiente, Espíritu es su propia Mente infinita; Espíritu es su propio Espíritu infinito; Espíritu es su propia Alma infinita; Espíritu es su propio Principio infinito; Espíritu es su propia Vida infinita; Espíritu es su propia Verdad infinita; Espíritu es su propio Amor infinito. De esta forma podríamos continuar expandiendo la ley con cada uno de los sinónimos, por lo que: Alma es su propia Mente infinita, etc. Luego la misma ley con Principio: Principio es su propia Mente infinita, y así sucesivamente. La misma ley aplicándola con Vida, después con Verdad, y finalmente, con Amor es su propia Mente infinita.

También es legítimo extender esta ley, incluyendo el mismo opuesto como error. En esta forma fortalecemos la ley. Entonces tendríamos la ley: Mente es su propia Mente infinita, por lo que no existe otra mente, ninguna mente mortal; Espíritu es su propio Espíritu infinito, por lo que no existe la materia; Alma es su propia Alma infinita, por ello no existe sentido material; Principio es su propio Principio infinito, de ahí que no exista el sentido personal; Vida es su propia Vida infinita, y en consecuencia no existe muerte; Verdad es su propia Verdad infinita, y por ello no hay error; Amor es su propio Amor infinito, por lo que no hay temor.⁵⁷

Al pasar a través de esta ley en la tonalidad de los 7 sinónimos para Dios, uno puede escuchar la sinfonía completa del ser espiritual.

“Antes que Abraham fuese, YO SOY” (Juan 8:53).

⁵⁷ Para mayor información sobre el tema, véase de Max Kappeler, *The Four Levels of Spiritual Consciousness: Science itself divine Science, absolute Christian Science, Christian Science* [Los Cuatro Niveles de la Conciencia Espiritual: Ciencia en sí misma, Ciencia divina, Ciencia Cristiana absoluta, Ciencia Cristiana] (Seattle: Kappeler Institute Publishing USA, 1970).

Acerca del Autor

El Dr. Max Kappeler (originario de Suiza), alumno de John W. Doorly, CSB (originario de Inglaterra), fue un estudiante que se consagró de por vida al estudio de la Ciencia Cristiana. Enseguida de obtener su doctorado en economía en la Universidad de Zurich, surgió su anhelo de obtener un mayor sentido científico de la Ciencia Cristiana, uniéndose al grupo de investigación de John Doorly en 1938.

El estallido de la guerra lo llevó de regreso a Suiza, donde en 1948, luego de una exitosa carrera comercial, se sintió conminado a dedicar todas sus energías a la investigación, a la enseñanza y a la práctica de la Ciencia de la Ciencia Cristiana. Durante más de 60 años escribió libros y dictó clases sobre este tema en Suiza, Alemania y los Estados Unidos. Sus escritos han sido publicados en alemán e inglés, con textos selectos en francés y ahora en español.

Toda la obra del Dr. Kappeler está basada por completo en la Biblia y en los escritos de Mary Baker Eddy. Éstos representan un enfoque científico de lo espiritual—enfoque que desafiará, inspirará y ofrecerá un estudio e investigación de vida, a aquéllos que buscan una profunda comprensión espiritualmente científica de Dios, el hombre y el universo.

Acerca de la Ciencia de la Ciencia Cristiana

John W. Doorly, CSB, originario de Londres, Inglaterra (1878–1950), fue el primero en profundizar al buscar la respuesta a la pregunta de lo que la Ciencia Cristiana significa como Ciencia: ¿Por qué es llamada “Ciencia”? ¿Se justifica el uso de dicho término? Si así es, ¿cómo y por qué? Durante toda una vida de investigar la Ciencia Cristiana como practicante, conferencista, lector, maestro, autor y presidente de La Iglesia Madre (1919–1920), discernió paso a paso, el orden y el sistema de la metafísica divina implícita en el libro de texto de la Ciencia Cristiana, *Ciencia y Salud con Llave para las Escrituras*, por Mary Baker Eddy. Él presentó sus hallazgos en sus clases, libros y en las extensas *Pláticas sobre la Ciencia de la Biblia*, las cuales fueron publicadas en forma de reportes literales.

Max Kappeler, originario de Suiza (1910–2002). En su obra de vida, el Dr. Kappeler permaneció fiel a su maestro, John W. Doorly, y desarrolló el sistema fundamental de la Ciencia de la Ciencia Cristiana descubierto por Doorly.

Este sistema está compuesto de tres categorías de raíces ontológicas que comprenden la esencia de la Ciencia Cristiana, tal como se encuentran en el Libro de Texto. Estas categorías principales, llamadas el sistema divino de referencia, son:

1. **“El 7”**. La naturaleza de Dios como está definida en el Libro de Texto de la Ciencia Cristiana, a través de siete sinónimos: “Dios es *Mente, Espíritu, Alma, Principio, Vida, Verdad, Amor, incorpóreos, divinos, supremos, infinitos*” (véase C&S 465:10).
2. **“El 4”**. El modo cuádruplo de operación de Dios tal como está derivado de los cuatro costados de la Ciudad Santa, la culminación de la revelación bíblica: *el Verbo, el Cristo, el Cristianismo y la Ciencia*.
3. **“Y el 4”**. *Los cuatro niveles para la Ciencia, tal como se describen en el Libro de Texto; la Ciencia en sí misma, la Ciencia divina, la Ciencia Cristiana absoluta y la Ciencia Cristiana*.